

NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



Cuadro de Maroto en su Exposición de la Habana.

BUGALLAL Y CAMBÓ

En el discurso de Bugallal, se refleja toda la insensibilidad y desconocimiento de los problemas de nuestro tiempo que caracterizan a los conservadores históricos. Resulta verdaderamente cómico oír al conde de Bugallal llamarse heredero de Cánovas del Castillo. Pero de Cánovas a Bugallal hay un abismo. Cuando uno piensa que se cree el sustituto de Cánovas, no hay más remedio que deducir las consecuencias: si los conservadores han merecido la dirección de Bugallal poco significan hoy los conservadores en el movimiento de la política española. Y más gracioso resulta todavía contemplar a Bugallal, terrateniente y defensor de los privilegios que originan la pobreza del campesino gallego, oírle disertar sobre el problema de la agricultura.

Digno contradictor del conde de Bugallal es el señor Cambó, que está empeñado en ser el eje de la política derechista. Las últimas notas y artículos del señor Cambó nos demuestran que no hay tales carneros, es decir, que no hay tal estadista. El pensamiento de Cambó es vulgar, vacuo, adecuado y turbio. No ha dicho más que vaguedades alrededor de los temas planteados. Critica a la vieja política y defiende las soluciones de la vieja política; declara que las derechas deben modernizarse, y él resulta el más viejo mentor de las derechas españolas.

EDITORIALES

GUADALHORCE «APELA»
AL EXTRANJERO

El indudablemente famoso conde de Guadalhorce ha marchado a la Argentina a dirigir la construcción de un ferrocarril metropolitano en Buenos Aires. La Empresa de dichas obras ha suscrito la mayor parte de sus acciones con dinero español, siendo el ex ministro de la Dictadura el principal gestor del negocio y el representante máximo de la Empresa. Parece que los capitales españoles invertidos en ella ascienden a cerca de trescientos millones de pesetas.

Nada tendríamos que oponer a todo esto, y aun halagaría nuestro amor propio de celtíberos el hecho de que España exportase sus capitales, ni mas ni menos que Inglaterra o los Estados Unidos, si como dice un periódico (reaccionario, por cierto) nuestro país fuese de esos pletóricos, que tienen puestas en explotación sus fuentes de riquezas y cuentan con un exceso de capitales que difícilmente pueden hallar inversión en el propio suelo. España no se halla en este caso. Por tanto, el viaje de esos millones no tiene otra justificación que el de las ventajas que especulativamente ofrezca a los capitalistas que los negocian.

Ahora bien; estos mismos capitalistas españoles (casi todos genies de derechas) son los que a diario gimotean y protestan de la falta de patriotismo de cuantos mezclan al extranjero en los intereses patrios o a los intereses patrios con el extranjero, aunque tal mezcla se reduzca a los lirismos puramente idealistas de una apelación o de una romántica solidaridad intelectual.

Para mayor contradicción bufa, obsérvese que la persona que dirigirá la colotación de esos trescientos millones en una Empresa extranjera, es el conde de Guadalhorce, el antiguo miembro de un Gobierno que se hartaba de injuriar en notas oficiosas a quienes, a juicio suyo, rozasen lo más mínimo lo que él llamaba declamatoriamente patriotismo; el conde de Guadalhorce, jefe de un partido político que tiene la exclusiva de patriotear siempre y a todo trapo, con cualquier motivo, venga o no a cuento; el conde de Guadalhorce, hombre que por su mentalidad política y por su posición social representa típicamente el espíritu colectivo de nuestra alta burguesía.

NUEVA
ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS 41

M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

EL DISCURSO
DE BUGALLAL

El discurso que Bugallal ha pronunciado en el Círculo Conservador ha tenido un valor equivalente al ruido de unos cuantos cascotes de escombros desprendidos de un muro podrido de mampostería al caer contra el suelo.

Grandes ejemplares ha dado España, y sigue dando, de estos tipos de mampostería, pero ninguno ha llegado a lo que el cacique gallego en su discurso último.

Calificado estaba el conde de Bugallal. Lo habíamos seleccionado de entre todos los hombres de piedra, y lo habíamos considerado el más duro. Pero era entre los hombres de la actualidad. Hoy estimamos que es el primero de estos seres, pero no sólo de los del presente, sino también de los que fueron y de los que serán.

Su última pieza oratoria, dicha en el Círculo Conservador entre sus prosélitos, Lema, Calderón y demás abedules, es un canto de vejación humana.

¡El caso es sobresalir en algo, don Gabino! Aunque sea en lo que sobresale usted.

Cierva estará llorando su derrota con lágrimas de sangre y secándose las con sus calzones a cuadros. Quién sabe si uno de estos días él también cantará y Murcia quedará montada en Galicia.

¿Cómo habrá países que den hombres de la contextura moral de Cierva y Bugallal?

¿Nacerán en otros pueblos estos hombres?

Quizá nazcan. Pero no llegan a los altos puestos de la gobernación del Estado. Estos puestos son para los

hombres cultos, inteligentes, de cierta sensibilidad y por lo menos, también, con algunos átomos de preocupación por el bien colectivo.

Eso ya se les exige hasta a los alcaldes de las aldeas en otros países.

Pero esta clase de hombres que se encaraman aquí en los sillones ministeriales y en las jefaturas de los partidos monárquicos, si se distinguen en algo, fuera de las fronteras españolas, es en cosas muy distantes de la gobernación y del respeto de los hombres.

No es que aquí tampoco los respetemos mucho, pero gobiernan.

Han gobernado hasta aquí, pero creemos que no seguirán gobernando.

¡Pobre Bugallal, quiere sujetar toda la arrolladora vitalidad de España!

LAS LIBERTADES
DEL FUNCIONARIO
PÚBLICO

Un funcionario público es un ciudadano que presta sus servicios al Estado a cambio de un salario. Nada más. El Estado tiene el derecho de exigirle que le rinda el fruto de su trabajo sin restricciones ni fraudes y el funcionario tiene el deber de hacerlo así. Esto es todo. Las relaciones, pues, entre el Estado y el funcionario a su servicio, se limitan a las que derivan de un pacto o contrato entre patrono y obrero.

Todas las libertades, garantías y derechos políticos, que la Constitución señala para los ciudadanos españoles sin excepción alguna (salvo las producidas por incapacidad civil), conciernen también a los funcionarios públicos. Por tanto, éstos pueden y deben mantener las ideas políticas que mejor les parezcan; defenderlas de palabra y por escrito; actuar políticamente, por medio del voto, la propaganda y la acción de los partidos que representan sus doctrinas; criticar y combatir la forma y organización del Estado, si estas forma y organización les parecen malas; propugnar la constitución de otro nuevo Estado; en suma: ejercer plenamente todos los derechos que la ciudadanía concede a los individuos de un país moderno, liberal y democrático... (o que debe serlo).

Si el Estado exigiese por su dinero además del trabajo del funcionario la sumisión ideológica y política de éste, resultaría que le compraba además del fruto de su labor, la libertad de su conciencia y el ejercicio de sus derechos. Y por su parte, el funcionario que se sometiese a tales abusos, renunciaría a su condición de hombre libre para transformarse en siervo de un poder absoluto; en mero instrumento de producción, como pueda serlo una máquina o un objeto material.

Parecerá mentira, pero aún es necesario insistir en estos conceptos vulgares. Hay por ahí muchos cavernícolas, tan cazurros como ignorantes, que teniendo una pluma en la mano—en lugar de tenerlas en el cuerpo como las avestruces—la emplean en afirmar que el funcionario del Estado no puede tener más opinión política que la de éste, ni actuar de ninguna manera en

contra de él. Por consiguiente, deducen que el funcionario español actual tiene que ser a la fuerza monárquico, gubernamental y hasta creyente a cierra ojos en las próximas Cortes ordinarias...

Claro es que los que tales extravagancias afirman son los luminosos polígrafos que redactan La Nación, El Debate y el A B C.

EL MILAGRO DIARIO por ARNOLD BENNETT

«Sí, es uno de esos hombres que no saben cómo arreglárselas. Buena posición; renta fija, más que suficiente para atender lo mismo a las necesidades que a los lujos. Y, sin embargo, aunque no pueda decirse que es un pródigo, he ahí que siempre está en algún apuro. El caso es que el dinero no parece servirle de nada. Un piso precioso... pero medio vacío; realmente, como si hubiesen acabado de embargarle. El traje nuevo... pero el sombrero viejo. O una corbata flameante, y los pantalones con flecos. ¿Que le invita a uno a comer? Ya se sabe: el vaso rajado, el cordero frío, y el café turco, y no hay que decir que desportillada la taza. Como es natural, el mismo interesado no entiende el por qué de todo ello; pero la explicación es muy sencilla: malgasta su dinero sin ton ni son. ¡Ojalá tuviese yo la mitad! Entonces, vería él...»

¿Quién de nosotros no ha criticado así, alguna vez, al prójimo, desde lo alto de nuestra infalibilidad?

Casi todos somos ministros de Hacienda: tal es la vanidad del momento. Los periódicos están llenos de artículos explicando la mejor manera de vivir con arreglo a tal o cual suma, y estos artículos suelen provocar una correspondencia cuya exaltación demuestra el interés que suscitan. Recientemente, uno de nuestros diarios ha sostenido una verdadera batalla sobre la cuestión de si una mujer podía vivir confortablemente en el campo con 85 libras al año. Por mi parte, he leído un ensayo sobre «Cómo vivir con ocho chelines a la semana»; pero jamás he visto ningún ensayo sobre «Cómo vivir con las veinticuatro horas del día». Sí, se ha dicho que el tiempo es oro; pero la verdad es que el tal proverbio rebaja la cuestión: el tiempo es mucho más que oro. Si se tiene tiempo, siempre puede acabarse por obtener un poco de oro; o casi siempre, cuando menos. En cambio, aunque tuviera uno la fortuna de un empleado del guardarropa en el Carlton Hotel (1), no podría

(1) Uno de los hoteles más lujosos de Londres y el más favorecido por los norteamericanos. (N. del T.)

comprarse un minuto más de los que, por ley natural, le corresponden.

Los filósofos han explicado el espacio, pero no han explicado el tiempo; que es, por así decirlo, la primera materia inexplicable de todo. Con él, todo es posible; sin él, nada. El suministro del tiempo es, realmente, un milagro diario, algo verdaderamente asombroso, a poco que se lo examine. Nos despertamos por la mañana y, ¡oh maravilla!, he aquí que nuestra bolsa se llena mágicamente con veinticuatro horas de la inmaterial urdimbre del universo de nuestra vida. ¡Es nuestra! ¡La más preciosa de nuestras posesiones! Un don singularísimo, a nosotros concedido por modo tan singular como el don mismo.

Pues observad que nadie puede arrebatárnoslo. Está a prueba de todo robo. Y nadie percibe ni más ni menos que los otros.

¡Hablemos luego de una democracia ideal! En el reino del tiempo, no hay aristocracia alguna del dinero, ni de la inteligencia. El genio no recibe en premio ni una hora de más al día. Como tampoco hay castigo alguno. Malgastad a vuestro antojo vuestro don, infinitamente precioso, que no por ello dejarán de abasteceros ni cortarán el suministro de él. Ningún poder misterioso dirá: «Este hombre es un tonto, cuando no un pillo. No merece el tiempo; hay que privarle de este beneficio.» Es más seguro que el papel del Estado, y el pago de la renta no se encuentra afectado por los domingos. Por otra parte, tampoco podréis cobrar nada a cuenta del futuro. ¡Imposible entramparse! Lo único que podéis malgastar es el momento actual y fugaz. No se puede dilapidar el futuro: éste lo tenemos siempre reservado, y ahí está aguardándonos. Imposible dispendiar la hora próxima; así la tenemos a nuestra espera.

Diye que la cosa era realmente milagrosa, y ¡decidme si no lo es, acaso!

Tenemos que vivir con arreglo a esas veinticuatro horas del día. De ellas hemos de sacar nuestra salud, nuestros placeres, nuestro dinero, nuestra alegría, nuestra dignidad y la

evolución de nuestra alma inmortal. Así, pues, su buen aprovechamiento, su empleo más eficaz es una cuestión de la mayor urgencia y de la más sensacional actualidad. Todo depende de ello. Nuestra felicidad—ese premio ilusorio que todos perseguimos, amigos míos!—depende de ello. Realmente, no deja de ser extraño que los periódicos, tan modernos y tan llenos de iniciativas, no rebozen artículos sobre «Cómo vivir con arreglo a una renta dada de tiempo», en vez de hacerlo sobre «Cómo vivir con arreglo a una renta pecuniaria dada». El dinero, después de todo, es mucho más común que el tiempo. A poco que se reflexione en ello, se comprenderá que el dinero es la cosa más común de este mundo. Como que puede decirse que lo cubre con sus montones, poniendo obstáculos al tránsito.

Si uno no puede vivir ateniéndose a una renta fija de dinero, o bien gana uno un poco más, o bien lo roba, o lo pide en un anuncio en los periódicos. El hecho de no poder arreglárselas con mil libras al año no enturbia ni anula forzosamente la vida de uno; se hace un esfuerzo, se trabaja, se sacan las libras necesarias, si es preciso, de debajo de las piedras, y raro será que no se acabe equilibrando el presupuesto. En cambio, si no podemos arreglárnoslas de manera que la renta de veinticuatro horas diarias baste a cubrir exactamente todos nuestros gastos indispensables, la vida se convertirá en una confusión inexplicable e indefinida. El abastecimiento de tiempo, aunque de una regularidad magnífica, se halla cruelmente limitado.

¿Cuál de nosotros vive con veinticuatro horas al día? Y cuando digo «vive», no quiero decir «existe», ni «se hace un lío». ¿Cuál de nosotros se siente libre de ese sentimiento de malestar que nos produce la sensación de que los «grandes departamentos de venta» no se hallan administrados como es debido? ¿Cuál de nosotros está completamente seguro de que su terno flamante no se halla rematado por un sombrero mugriento, o de que el exceso de atención a la batería de cocina no le ha hecho descuidar la buena calidad de los alimentos? ¿Cuál de nosotros no se dice a sí mismo, cuál no se ha estado diciendo toda su vida: «En cuanto tenga tiempo para ello me ocuparé de modificar esto y lo otro?»

Pero jamás tendremos más tiempo del que tenemos. Ya para eso tenemos, siempre hemos tenido, todo el tiempo que hay. Y la comprensión de esta verdad tan profunda como desconocida (y que, por otra parte, no he descubierto yo) es lo que me ha traído a este examen minucioso y positivo de la manera en que se emplea el día,

Un hombre: un espejo que se pasea a lo largo de un camino

por TEÓFILO ORTEGA

I

La frase sobre que la novela es como un espejo que se pasea por un camino, original de Saint-Réal, y vulgarmente atribuida a Stendhal porque éste la fijó en el comienzo del capítulo XIII (tomo I), y la amplió y comentó en el curso del capítulo XIX (tomo II), de su todavía viviente, trémulo, palpitante «Le Rouge et le Noir», es de las que más se han esteotipado. Contribuyamos con una alusión más a prestarla fuerza y resistencia, porque si unas pocas citas y alusiones pueden exprimir todo el jugo de un pensamiento, de una obra total, en cambio cuando se la alude muchas veces, cuando se sorbe y paladea su contenido con calmosa delección, poco a poco se va asimilando y fundiendo con nosotros mismos, cual aquella fantástica música de las esferas que acaso sea cierto que nos acuna desde que nacemos y cuyo monorritmo no conseguimos seleccionar y percibir, porque para esa labor es obstáculo fundamental la costumbre. Hay frases como esta de Saint-Réal, que petrificadas por la insistente repetición y conocimiento, no parecen haberse engendrado y desarrollado en una inteligencia humana; semejan haber existido siempre, fulgurando sobre las cabezas abatidas, debiendo su vida a un poder más alto que el de una simple reflexión.

Repitámosla una vez más, con sus mismas palabras, sin transvasarla: «Un roman: c'est un miroir qu'on promène le long d'un chemin.» He aquí un pensamiento que roza nuestro exterior—lo superficial—y que ahonda al mismo tiempo en nuestros más profundos rincones. De la primera inmersión en ella, sacamos a flote una presa estimable: la de que el novelista ha de pasear por la vida su espíritu como un espejo por un camino. Claro, veraz, objetivo. Mas esto no es todo. Al profundizar más en la idea; al hacer llegar nuestro examen hasta su entraña más íntima, una interrogación desconcertante nos asalta. ¿Cien espejos, por un camino real, reflejarían al transitar por él la misma imagen con idéntica, absoluta exactitud? ¿Puede haber dos espejos iguales?

La duda no es duda; inmediatamente arribamos a la playa de una contestación negativa, pero clarividente. No; no es posible que existan dos espejos iguales, dos espejos que se paseen por el camino real de la vida y vean y reflejen las mismas co-

sas y de igual manera. Cada pupila extrae de la realidad que la circunda lo afín y acomodado a su esencia, y eso es lo que ve, porque el resto no existe para ella. Es una conquista indiscutible de la biología, que cualquier simple aficionado a esta ciencia ha encontrado bien demostrada.

Nutrida es la bibliografía existente y entre ella, por la claridad y modernidad de sus postulados, es insustituible cuanto ha escrito el barón Jakob Von Uexküll, sobradamente conocido para que le acompañemos de otras referencias. Nos vence, contra lo que nos habíamos propuesto, la tentación de traer aquí unas palabras suyas, aunque no constituyan sino un simple recordatorio. Las ideas para una concepción biológica del mundo, de Von Uexküll, son tan corrientes y familiares para cualquier curioso lector, que nadie puede atribuir a simulación de autoridad científica el hecho de hacerle concurrir a este enjambre de simples observaciones. Lo hacemos—repetimos una vez más—en la creencia de que son ya conocidas y tan sólo por creer oportuno su recuerdo.

¿Y qué piensa Von Uexküll sobre los organismos y el mundo circundante? ¿Qué consecuencias extrae de esta indudable diversidad de mundos, tan distintos cuan diferentes son las pupilas que hunden en él su mirada?

La palabra esclarecedora, ceñida, rigurosa de Von Uexküll se dispone a usar de su fuerza para servir de conducto al pensamiento. Dice: «La Naturaleza no escoge los organismos adaptados a ella, sino que cada organismo se escoge la naturaleza a él adaptada.» Esta interpretación es corriente ya desde hace tiempo para los fisiólogos. Entre las innumerables ondas del éter, nuestro ojo sólo escoge una escala muy limitada, lo mismo que nuestro oído las ondas del aire. De este modo, en todo el mundo animal cada órgano de los sentidos no es otra cosa que un aparato para escoger los efectos convenientes para el animal entre los innumerables del mundo exterior. Por ello, en modo alguno pueden compararse entre sí los órganos de los sentidos de las diversas especies animales, ya que cada uno sirve para un fin distinto. Igualmente falsa sería la tentativa de pretender medir unos por otros los heterogéneos aparatos de marcha o vuelo, pues cada uno de ellos, según su manera de ser, crea nuevas relaciones con la tierra o el aire. Los organismos son incompatibles entre sí, lo mismo que sus órganos,

Los razonamientos del barón Jakob Von Uexküll nos convencen plenamente. Ni un resquicio queda por donde la duda pueda destruir el armónico y ajustado edificio. Pero esto no es todo. El autor de «Cartas biológicas a una dama», prosigue:

—El sistema nervioso central de cada animal puede ser comparado con un espejo que sólo está en disposición de copiar una mínima parte de nuestro mundo circundante. Especialmente por los trabajos de Radl, se ha comprobado que muchos insectos no experimentan el más pequeño efecto ante las formas y colores de nuestros objetos; pero, en cambio, están rodeados por simples superficies, diversas en magnitud y diversas en iluminación, que, por su efecto de diverso grado en la retina del ojo, ejercen un influjo rector en los movimientos del animal.

Para el más indiferente, y aun tratándose de un tema tan limitado y ceñido, la asombrosa claridad y precisión de las palabras de Von Uexküll, seducen y encadenan la atención. Pero no interrumpamos. Sigamos escuchándole:

—Cada uno de los órganos de los sentidos de cada animal realiza una recolección, característica suya, de los estímulos del mundo exterior, a los que utiliza como nota de percepción, y todos los órganos de los sentidos del mismo animal, tomados en conjunto, dan una determinada sección del mundo exterior. Esta sección del mundo exterior, que para cada animal es una distinta y característica de él, se llama su mundo perceptible.

El mundo perceptible de cada animal es distinto. Saboreamos la afirmación hasta llegar a sus más remotas, sus más escondidas consecuencias. Pero por si esto fuera poco, el mismo autor se cree en la necesidad de añadir: —Resulta de una inmediata evidencia lo fundamentalmente distinto que tiene que aparecer el mundo desde el punto de vista de dos sujetos, si los sujetos son diferentes. Por desgracia, sólo tenemos posibilidad de considerar nuestro propio mundo de percepciones, que en todas sus partes es un producto subjetivo nuestro. Cada uno de nosotros sólo está autorizado a decir: «Mi mundo perceptible consiste en mis objetos», y sólo en cuanto somos semejantes como sujetos nos es lícito hablar de la igualdad de nuestros objetos.

(Continuad)

El último día de Alvaro Obregón

por JESÚS S. SOTO

A la edad de cuarenta y ocho años, Alvaro Obregón dejó de existir. Había nacido el 19 de febrero de 1880 y fué asesinado el 17 de julio de 1928, cuando se hallaba todavía en la completa plenitud de sus facultades. Su muerte puede decirse que es como su vida, de una intensidad de epopeya antigua, pues como todo el mundo lo sabe, en México ser grande es tener trágico destino. Por eso de tan dura ley el más mimado en nuestros tiempos por la suerte, el que lleno de genio y de cordura a la vez, desde hacía dieciocho años ascendía por la escala de la gloria, casi sin tropiezos; el que en la cumbre veía todo a sus pies: hombres y sucesos, sucumbió de un solo golpe certero. Su pródigo destino se hizo trizas a manos de un mísero y tembloroso desconocido que, con feliña maña, vino a inmolario en aras de un odio estúpido.

¿El corazón le avisaba? Djed Bórquez nos cuenta en su anecdotario «Obregón», que desde varios días anteriores al de su muerte se hallaba tensamente preocupado. Nuestro autor refiere que allá por el 24 de junio, que lo visitó en su hacienda de Nainari, «charlaba poco, no tenía su antigua locuacidad y parecía presentir la muerte. A ratos se quedaba profundamente pensativo y como que una idea obsesionante le impedía contar sus viejos charcarrillos». Y todavía, a pesar del clamoroso estrépito con que fué recibido el 15 de julio, cuando llegó a la capital de la República, continuaba con algo de extraño dentro del alma. Pero su recia virilidad reaccionó y para la fecha de su inmolación ya había renacido en él su buen humor habitual, paralelo con el de sus partidarios, en quienes todo era alegría desbordante y entusiasmo fervoroso.

Los obregonistas inventaban mil agasajos, y hubiesen querido que aquella salud, antaño férrea, pero ahora un poco minada, hubiese sido inacabable, para que con todos hubiese podido estar, en los festejos del reciente triunfo. Y entre los más entusiastas se hallaba el grupo de presuntos diputados por Guanajuato para el próximo Congreso de la Unión. A ellos iba a tocar ser espectadores y actores en el cercano momento trágico, pues Obregón aceptó concurrir con unos cuantos de sus principales amigos y allegados al banquete a que lo invitaron, que debería servirse en el restaurante «La Bombilla», situado

entre San Angel y Coyoacán. De esa manera se iba gestando el fin de una vida esplendorosa.

La mañana del día 17 se levantó con excelente humor y en la audiencia que concedió a varias personas, con todas tuvo animada plática. Uno de sus líderes le pedía hiciera una visita, ya como presidente electo, al Centro Obregonista y él aceptó para el siguiente día, por tener que ir ahora al Palacio Nacional y después a «La Bombilla».

Como lo había anunciado, a las doce horas fué a visitar al presidente Calles, y ambos personajes charlaron amistosamente. El presidente también lo invitaba a comer en su casa; pero declinó la invitación por tener la de los presuntos diputados de

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

Guanajuato. Esta comida también quedó pospuesta, y Obregón se retiró instantes después.

En el quiosko central, en medio del jardín del restaurante, se celebró el banquete. Grandes mesas formaban tres lados de espacioso cuadrilátero, en cuyo fondo, en el centro, quedó el lugar de honor. Y desde el medio día comenzaron a llegar los comensales, que eran los presuntos diputados, el Lic. José Luis Solórzano, Antonio Díaz Soto y Gama, Aurelio Manrique, David Montes de Oca, Ezequiel Padilla, Jesús Guzmán Vaca, Filiberto Gómez y muchas personas más. Casi cerca de las trece horas se presentó el general Obregón, a quien acompañaban Aarón Sáenz, Ricardo Topete, Tomás Robinson y Federico Medrano, más los tres ayudantes Otero, Jaime y Márquez. Vestía el general un traje gris y su semblante reflejaba franca alegría. Antes de comer los fotógrafos se dieron a la enfadosa labor del retrato, y terminada, pasaron a la mesa. Los mozos procedieron a servir el cognac. Obregón charlaba con todos, según su costumbre, y a los periodistas dijo, refiriéndose a la última entrevista:

—No alteraron ustedes mis conceptos. Los felicito. Porque hay periodistas a quienes tengo miedo, porque todo lo enredan, y me hacen decir lo que no he dicho.

Corría veloz el tiempo, y Obregón quiso comenzar la comida. Entonces cada quien tomó su lugar: en el centro, el general daba la espalda a un gran adorno floral y tenía a sus lados a Federico Medrano y a Aarón Sáenz. Adelante, a la derecha, se hallaban Arturo H. Oreí, Octavio Mendoza González, Antonio Valadez Ramírez, el presidente de la Suprema Corte de Justicia Jesús Guzmán Vaca y José Luis Solórzano. A la izquierda quedaron: Enrique Romero Courtade, Ricardo Topete, Enrique Fernández Martínez. Luego seguían, a ambos lados, los demás comensales, y a espaldas, a un lado tras el adorno floral, los músicos de Esparza Oteo, vestidos de charros.

La comida discurría cordial y entusiasta. Todos platicaban y comían, sin que nadie presintiera el próximo instante. Reinaba tal confianza, que aun los ayudantes del futuro presidente se hallaban lejos de su jefe. En el jardín reposaban los automóviles, mientras los chóferes yantaban. De vez en cuando, un fotógrafo cruzaba rápidamente, o los meseros con las viandas. Nada más. Todo era tranquilidad y los convidados alzaban las copas brindando alegremente.

Entonces apareció un individuo delgado, sin importancia, desconocido. Vestía decentemente aunque con pobreza, un flux café de tonos rojizos, y lleno al parecer de indecisión se iba acercando, con el carnet de dibujante en una mano y en la otra el lápiz. Parecía dibujar o escribir y por su tímido aspecto no inspiraba recelo. Sólo al diputado Topete le causó alguna extrañeza.

El desconocido se detuvo un instante a un extremo de las mesas; luego se dirigió al lugar principal, y al llegar al extremo izquierdo, junto a Fernández Martínez, se acercó a éste, diciendo que había hecho dos caricaturas del general Obregón y una del licenciado Sáenz.

—A ver qué le parecen, señor Topete—dijo—, después haré su caricatura.

—Está bien—contestó el interpelado con indiferencia.

—Voy a enseñárselas al general Obregón—agregó el intruso—a ver qué dice.

Y se encaminó hacia el general, que se hallaba vuelto a su derecha y conversaba con Medrano. Al llegar, se interpuso entre ambos y mostró a

Obregón sus caricaturas. Este, complaciente, se dispuso a mirar las y las tomó en las manos.

Eran las catorce horas y veinte minutos, y terminando el último platillo se iba a entrar a los postres. Todos hallábanse distraídos, charlando. Y el hombre aquel, de apariencia tan tímida, dió de repente un paso a su izquierda, hacia la espalda de Sáenz, violentamente sacó una pistola «Star», que portaba, y de pie, a quemarropa, disparó cinco tiros sobre su víctima, que confiadamente le presentaba la espalda. En ese instante la orquesta tocaba la canción popular «El Limoncito», y en el estupor de los primeros momentos, algunos llegaron a creer que los disparos eran puro efecto de la batería de la orquesta, con que se acompañaba la canción.

El asesino se llamaba José León Toral, y desde que el general Obregón había llegado a México lo acechaba en la sombra, de cerca, espionando la primera oportunidad para matarlo. El día de su crimen, desde temprano, cuando se desayunaba en un cafecillo cualquiera, dióse a buscar en los periódicos los lugares a que Obregón habría de ir. Más tarde fué a la casa de su víctima y se escondió enfrente. Como a las doce, al ver que salían de allí varios automóviles y seguían rumbo a San Angel por la Avenida Insurgentes, él tomo otro, de alquiler, y los siguió. Llegó tras ellos a «La Bombilla», penetró a la cantina, pidió una cerveza y se la bebió, fué al mingitorio, en donde preparó el revólver y se lo guardó en el pecho, cerrándose el saco, y luego pasó al jardín. Logró distinguir el lugar en que se hallaba el general, comenzó a dibujar en su cuaderno y se acercó. Cuando enseñaba a Sáenz y a Obregón los dibujos, aprovechó el momento para amartillar la pistola y situándose a la derecha de Obregón, mientras le mostraba los dibujos con la mano izquierda sacó violentamente la pistola y disparó desde muy cerca, apuntando a la cara. Entonces, con frenesí ya, siguió disparando hasta que lo detuvieron.

Toral, fruncido el ceño, casi parecía recargar el arma sobre el cuerpo de Obregón, a cuyas espaldas se hallaba. El general inclinó la cabeza hacia adelante, a la izquierda, se flexionó en la silla con un profundo gesto de dolor, y Sáenz, que tendió los brazos para contenerlo cuando rodó bajo la mesa, no pudo detener la violenta caída. Fué tan violenta la agresión, que todos los tiros hicieron blanco en el cuerpo, que primero se desplomó sobre la mesa, resbaló después al suelo, probablemente ya sin vida.

Fué infinita la confusión. Primero

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

“LEAMOS”

a las personas que la soliciten

nadie acertaba a explicarse lo sucedido. En seguida, los que se hallaban en la mesa de honor sacaron los revólvers y se precipitaron hacia su jefe muerto, a quien Sáenz ya había incorporado y sostenía en los brazos, ya inerte.

Y todavía con los ojos oscurecidos por el humo de los disparos, el asesino vió los rostros violentamente alterados y las manos trémulas que empuñaban las armas. Creyó que lo iban a matar, y cuando sintió los golpes que le daban en la cabeza y el cuerpo, invadiólo malsano deleite. Pero recobrando en seguida el sentido, vióse salvado de la muerte inmediata.

Medrano y Fernández Martínez, al caer Obregón se habían levantado de los asientos, y el segundo sujetaba a Toral anonadado, apretándole la diestra, que aún sostenía el arma humeante. Medrano también contenía al asesino, y Topete llegó y le quitó el arma, de la que sacó el cargador para contar el número de cartuchos quemados.

En la enorme confusión reinante, Orcí, Robinson, Otero, todos, en fin, derramaban lágrimas y lanzaban injurias al asesino, a quien algunos golpeaban desesperados. Otero, que estaba a un extremo, vino corriendo, y al saber quién era el matador, le dió de puntapiés.

Entretanto, Sáenz seguía sosteniendo el cuerpo sin vida. Alguien gritaba:

—Está muerto...

Y otros decían:

—No. Está vivo...

Y luego:

—Un médico... que todavía puede salvarlo...

Se llamó violentamente por teléfono al doctor Osornio.

En cuanto a Toral, las piernas se le doblaban; no contestaba a las preguntas que se le dirigían; y su cabeza, doblada sobre el pecho, resistía innúmeros golpes.

Uno gritó:

—Mátenlo...

Pero cuando varios de los presentes

iban sobre él, otro se interpuso, diciendo:

—¡No! No le hagan nada. Por el contrario: cuídenlo. Así sabremos quiénes son sus cómplices. ¿Qué ganamos con matarlo si deja su crimen en el misterio?

A rastras fué llevado hasta un automóvil y de allí se le trasladó a la Inspección General de Policía. Durante todo el camino hundióse en absoluto mutismo, y al llegar a la prisión, ya repuesto, bajó por su propio pie y entró con paso seguro.

Los amigos de Obregón, hundidos en lo grave de su pesar, contemplaban el cadáver con los ojos llenos de lágrimas. Manrique subió a una silla:

—Señores —dijo—, definitivamente es Obregón el símbolo de la Revolución. Ha muerto a manos de los enemigos del pueblo. Ante su cadáver, todavía caliente, juremos todos que sabremos sacrificarnos y salvar a la Revolución Mexicana. Que sean las nuestras lágrimas de hombres...

—¡Viva Obregón!—gritaron todos.

La víctima fué trasladada a su casa. Levantaron el cuerpo Sáenz, Orcí, Medrano, Topete y Manrique, así como Otero. Lo subieron al automóvil de Sáenz y lo llevaron a la Avenida Jalisco, donde había vivido hasta entonces. En el sitio donde cayera quedó, como recuerdo, una gran mancha de sangre.

La nueva del asesinato se extendió inmediatamente por toda la ciudad, por la República entera, y llegó hasta los países extranjeros (1). El desconcierto durante toda la tarde era extraordinario y los comentarios, tristísimos. Todo el mundo se hallaba bajo el peso de la gran catástrofe, y hasta que pasaron varios días se calmó un tanto la agitación, debido al desarrollo de nuevos acontecimientos. Pero durante toda la tarde y la noche del 17 de julio, la frase «¡Obregón ha sido asesinado!» brotó de todos los labios. La gente salía de sus casas y formaba corrillos en las puertas, en las esquinas, en las aceras, preguntándose y contestándose mutuamente los detalles del acontecimiento.

Numerosos personajes acudieron a la casa del general Obregón a velar su cadáver. El presidente Calles fué de los primeros en concurrir, y entrevistado poco después del asesinato, minutos después de haber estado en la residencia del extinto, sus primeras palabras fueron:

—He sufrido una impresión tan fuerte, que me tiene materialmente destruido.

(1) El periódico «La Unión», de Buenos Aires preguntaba por cable, veinte minutos después del asesinato, si éste era cierto, según se nos ha contado.

FORMAS PLÁSTICAS Y FORMAS SOCIALES

por J. DÍAZ HERNÁNDEZ

En el impresionismo la Naturaleza aparece transformada por la visión de los artistas que se entregan con frenético brío a la libertad ganada por el arte. Ese torbellino seductor llevado a sus últimas consecuencias, más que heredero del naturalismo del siglo XIX, parece que augura toda la fiebre social que se acumuló sobre el mundo antes de la guerra y que se descargó en ella como una tempestad registrada insistentemente por el arte.

En el impresionismo predomina la inquietud, la avidez explosiva llevada a los últimos términos. No es otra cosa todo el siglo XIX que disfruta con el mismo ímpetu de la filosofía, de la ciencia aplicada, de la literatura, hasta de las normas políticas. Y, sin embargo, en el orden plástico no se trata de un romanticismo propiamente dicho, puesto que la pintura no es puramente subjetiva, sino que la pasión cristaliza en las formas, o por mejor decir, en el espacio, en la atmósfera, cualidad máxima en el cuadro impresionista. ¿Será lícito pensar que también el impresionismo se adelanta a su propio momento y proyecta su profecía sobre los diez primeros años del siglo XX?

— Obsérvese como entre aquel clamor de la materia pictórica, surge el pintor del equilibrio: Cezanne. Cezanne retorna a las formas puras, al primitivismo plástico, a la expresión primeriza, a la ejecución acabada y armoniosa del objeto. Su admiración por el Greco se comprende muy bien cuando sorprendemos al pintor cretense dando entrada en sus cuadros a elementos góticos y bizantinos. Cezanne reacciona contra el renacimiento y el naturalismo convertidos en pintura académica por la acción del tiempo implacable. El precursor del expresionismo y en general del movimiento artístico moderno es el primer vislumbre de un mundo distante que iba a organizarse entre estertores dolorosos. Entre la agitación y la tensión de un arte enfebrecido está la voz segura, certera, inagotable, persistente de Cezanne. Cuando en 1890 van Gogh y Gauguin lanzan su manifiesto expresionista y con él el alarido creador de un estilo moderno, Cezanne ya había tratado el diseño de una época. El advenimiento de Picasso, con el cubismo, supone la revalorización de la forma, o mejor dicho, la revisión de las normas plásticas elementales. El cubismo descompone los cuerpos y se ciñe a la abstracción intelectual precisamente para recomponer y asegurar los fines puros del arte plástico. El cubismo con la maravillosa indepen-

dencia que había conseguido ya la pintura, se atiene al esquema y a la síntesis que no son la primera etapa de una creación de arte, sino precisamente la última, la totalización del esfuerzo, la vivificación del empeño total. Un cubista se parece a un clásico en que consigue igual resultado con un proceso de creación absolutamente distinto. No en vano la obra humana se enriquece cada día.

Alguien pudiera entender que el cubismo es escuela de transición cuando lo que significa es vinculación del estilo del hombre moderno. Estilización —lo dijo Ortega y Gasset— que es síntesis. La síntesis es el estilo de nuestra época. Sin el cubismo no sería posible ni el «constructivismo» que es la fusión en una sola expresión de la pintura, la escultura y la arquitectura. No sería posible el post-expresionismo con su «verismo» que vuelve al sentimiento del objeto, estilo, al parecer, de un sistema social ya inminente. Utilizó a Frank Roh para definir con claridad esta tendencia: «Cuando veo varias manzanas sobre una mesa recibo (aun sin salirme del plano de la intuición estética) una sensación sumamente compleja. No solamente me atrae el hábito de los exquisitos colores en que se solazaba el impresionismo; ni tampoco me atrae exclusivamente el variado esquema de las formas esféricas coloreadas y deformadas, que cautivaba al expresionismo; sojuzgame una amalgama mucho más amplia de colores, formas especiales, representaciones táctiles, recuerdos del olfato y del paladar, en suma, un complejo verdaderamente inagotable que comprendemos bajo el concepto de «cosa». Ahora bien; es preciso reconocer que sólo después de haberse hecho abstracto el arte pudo reflorar el sentimiento del objeto que por doquiera venía arrastrado como un colgajo vago, vacío e inconsistente. Sólo entonces pudo volver a constituir una emoción fundamental y exigir la representación correspondiente.»

— Se trata, pues, de una vuelta a la realidad, una vuelta a la naturaleza podríamos decir si la frase no nos trasladase a la doctrina rousseauniana. El expresionismo insistía aún en el lirismo exaltado y la introspección por un lado, y por otro en la dinámica y la calidez de la interpretación. Por eso había en él tantos asuntos religiosos. Aún quedaba bastante de aquel tumulto impresionista que quería retener el puro color a la vida transeúnte. Pero en el arte de ahora vuelven a recobrase los elementos naturales que habían sido escamoteados con una ge-

nial combinación por los Carrá o los Severini. La furia mecánica, el asombro que había producido en el hombre moderno este agitado desenvolvimiento del destino humano cautivó a los artistas que aun en sus intuiciones no pudieron desasirse del dinamismo y el estrépito. Las etapas que sufrió Picasso en su arte son el ejemplo mejor de esta insistencia del arte joven en encontrar la expresión adecuada de la época que tenían el deber de descubrir.

Y vieron que el secreto estaba delante de ellos, en las formas vivas que están, sin embargo, muertas, y es el arte el que puede crearlas otra vez para que perduren a través de la interpretación del artista. Obsérvese cómo esto nada tiene que ver con el realismo académico ni con el naturalismo que se complacía en imitar lo mejor posible una fruta o una hortaliza. La naturaleza ha de ser tratada por el post-expresionismo sintetizando igualmente las formas reales y las intuiciones artísticas. Un ejercicio de equilibrio y de armonía objetivando la escena y el ritmo interior. Todos los estilos pictóricos destilan un esencial rigor en esta pintura si acaso fría, pero eminentemente representativa y, por tanto, humana. Poco valdría la naturaleza sin la poesía, sin el toque mágico de la imaginación y del intelecto. La naturaleza sale al cuadro después de pasar por el laboratorio del pintor, donde las distintas emanaciones de la expresión concentraron la del espíritu contemporáneo.

— Con cierta intuición trágica que no depende de la anécdota, sino de la materia. Por debajo de toda esa quietud, de esa rigidez y de esa disciplina una insinuación que nos perturba, la misma que el hombre de mañana, el hombre duro, aclimatado, sereno, ha de tener en lo oscuro de su conciencia, en ese fondo virgen que no se alcanza por los caminos del sentimiento ni del pensamiento. Lo humano, propiamente dicho. Una sensación misteriosa, esencial, que se transmitirá de una época a otra sin variar más que en la representación. Véase un cuadro de Rousseau, «el aduanero», a quien se considera precursor de esta tendencia. El citado Frank Roh lo describe así:

«Se titula «Durmiente». «Paisaje lunar, calvo, muerto, en un desierto nocturno. Todo yace en inmóvil silencio; no verdece ninguna vegetación. En su mitad del lienzo tendido, a la misma distancia por arriba, abajo y los costados, está rigurosamente siluetado un león monstruoso, que resulta mítico sobre la tierra. Las aguas ta-

citurnas y la refulgente lontananza de montañas recortan la desolada y fría superficie del cielo traspasado por diminutas estrellas. Delante, en apretada proximidad, forzado a insólita posición de frente, casi ensamblado con el animal, el b'oque al sesgo de una figura humana que bajo la mirada del animal parece sumido en el sueño de la muerte. Aún más cerca, instrumentos solitarios, con brillo de esmalte frío, una mandolina infantilmente acostada junto al cuerpo; un cántaro abandonado que se alza solitario hacia el disco de la luna que ilumina fríamente el conjunto. Todo el cuadro —y esto es lo portentoso— está hasta en sus últimos rincones cuajado en una única substancia: una tiniebla

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

nocturna azul-verdosa, con brillo de arena. Pero no volatilizada en lirismo atmosférico, sino—y en esto reside el lirismo fabuloso del cuadro—cristalizada en el mundo de objetos tangibles, bruñidos y recostados. El conjunto está tentado como madreperla o vidrio. En el cuerpo fulvo del león, los planos son oscuros, nocturnales; pero en ellos, como en el lomo de las montañas lejanas, brilla la nevada claridad de la luna.»

He aquí una escena irreal—una escena, no un asunto—materializada mediante el objeto y la figura. Por un lado elementos primitivos, ingenuos, de fantasía legendaria. Por otro, un paisaje verídico, inquietante, resuelto con solidez por el color y la atmósfera. Lo que hay de metálico en esa materia pictórica sólo puede darlo una mano de nuestros días acostumbrada a sujetar con pulso firme el movimiento mecanizado de las cosas.

Esta concatenación, o mejor expresado, mezcla de idealismo y realidad —que no es ya propiamente dicho la deformación expresionista—típica del arte reciente, ¿no significará la aspiración del hombre de hoy en lo que atañe a las formas sociales venideras? En un ensayo reciente de Ramón Pérez de Ayala se plantea con claridad el tema del romanticismo y el clasicismo, y en él nos parece percibir los contornos más exactos de las nuevas formas sociales. Para Pérez de Ayala el clasicismo es lo lógico, lo razonable e imperecedero en las relaciones humanas, mientras el romanticismo es lo biológico, lo presente y variable, que adopta manifestaciones diferentes según los momentos del mundo. En el orden artístico el romanticismo era «hegemonía del hemisferio sensual y emocional».

«Pero el hemisferio sensual y emo-

cional no está ausente del genuino arte clásico concentrado epítome sustantífico de la integridad de la vida (nada humano le es ajeno; de aquí la sinonimia entre clasicismo y humanismo), sino en él incluido y patente, aunque simplificado y sometido según razón ordenadora.» El mismo escritor asegura, con evidencia, que el romanticismo ha sido una reacción contra el academicismo que «ilícitamente se acoge a los fueros de la razón universal y normativa, habiéndola desvitalizado de antemano».

Resulta, pues, que el arte moderno, tras laboriosos y difíciles tanteos, recobra su carácter esencial y humano que hace verídico y permanente al arte clásico. Ahora bien; el elemento biológico que actúa en la función artística, caracterizándola según el modo de sentir de cada época, en la nuestra parece inclinarse a una armonía con los principios fundamentales de la lógica, sin perder su jerarquía, sino, al contrario, conservándola. En el orden político, por ejemplo, la democracia aprovecha todos los conceptos de la libertad alcanzados en el transcurso de la historia de las ideas y busca la última y la más razonable de las libertades: la libertad económica. Continúa la inteligencia su obra: la de poner las cosas en orden. Se presiente una era popular. Popular en el sentido de que la democracia convertida en instrumento único de vida social, representa una categoría de acción y de vitalidad, únicos factores que mandan imperativamente en la historia. De ahí el debate en el mundo político acerca de las instituciones que mejor interpretan el espíritu de esta democracia, puesto que las inventadas en el siglo XIX resultan inadecuadas para los problemas de ahora.

— En cambio, el arte quizá empieza a encontrar ya sus normas y explora en las cosas más intrincadas del nuevo sistema social. El «verismo», la reproducción idealista de la Naturaleza aspira a encontrar contacto directo con el mundo de la representación. Hubo un tiempo en el impresionismo en que la mera referencia de una pintura a la ética o a la política representaba una cualidad inferior. Después vino el arte puro, desde el cubismo hasta el expresionismo, a sostener con más rigidez este postulado. Pero esas tendencias coinciden precisamente con las derrotas de ciertos sistemas políticos, o se anticipan a esas mismas de-

rrotas. En cambio, ahora, «todo arte verdaderamente humano es expresión de un sistema de acción colectiva». Entiéndase bien. La acción colectiva dirigida a los fines clásicos de la verdad y la belleza. No se confunda tampoco esta contribución del arte a las posibilidades de sistemas sociales futuros, de una manera anecdótica o alegórica. Ese sería el academicismo aborrecible de los cuadros de historia o de tesis. Ya hemos dicho que la anécdota, como asunto, está eliminada de la pintura actual. Se trata de pintar las cualidades de la naturaleza o de la sociedad en relación con la sensibilidad contemporánea y con las radicales inclinaciones del alma mo-

LEA USTED NUEVA ESPAÑA

derna. Por eso no es extraño que artistas como Gross o Dix, contra lo que opinan algunos críticos, interpreten todavía escenas desoladas o crueles, que constituyen la mejor definición de una época de lucha social que se acerca.

El elemento mítico, poético de esta nueva pintura es el mismo del arte popular y, por tanto, el reconocimiento de que las formas primarias del arte establecen su alianza con las modalidades intelectuales de la vida de hoy. En realidad, el Greco o Picasso son el arabesco como la música de Falla o el poema de Juan Ramón Jiménez. Nótese cómo la dinámica del expresionismo está constituida por el estatismo del post-expresionismo. Lo que equivale a pensar que a una sociedad en constante persecución de sus formas, la ha precedido un arte en fuga, lleno de extravíos y de desvelos.

«Estamos hechos de tal manera —dice Simmel—que no sólo necesitamos una determinada proporción de verdad y error como base de nuestra vida, sino también una mezcla de claridad y oscuridad en la percepción de nuestros elementos vitales.» Es natural que el nuevo arte se manifieste como centro y resumen de esa vida tan propia del hombre contemporáneo. El arte romántico era pesimista por exceso de individualismo. Después vino un concepto jocundo del arte donde alternaban la sensualidad del color y la cabriola. El espíritu cósmico seguía, sin embargo, meditando y en esa meditación reside el principio de su sencillez. Porque parece que ahora es cuando el artista ha aprendido a «ver», operación clásica; pero olvidada durante largos siglos de abstracción y de subjetivismo. A los veintiocho años Rilke, el poeta, decía: «Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que estoy aprendiendo a ver.»

**ESTE NÚMERO HA
SIDO VISADO POR
LA CENSURA MILITAR**

Dictadura catalanera en Barcelona

SEÑOR DON FRANCISCO CAMBÓ:

Obtenida una pensión del Estado, gana da por concurso, un periódico catalanista de Barcelona publicó con deliberados propósitos la gacetilla siguiente: *Puesto que yo me avenía aceptar la protección del Gobierno español para estudiar en el extranjero, deber era de todos los catalanes hacerme la vida imposible en Cataluña y de asediarme por hambre.*

Después de tan cruel amenaza (con concordia) y de causar un daño que para un alma sensible y una persona de honor es incurable, se repiten hoy los odios y persecuciones al manifestar los deseos de colaborar en la obra de reorganización de las Escuelas municipales, secciones y agrupaciones de carácter cultural, mantenidas por el Ayuntamiento y de la Excm. Diputación de Barcelona.

A un funcionario municipal causante de muchas lágrimas se le otorga ahora una subvención anual de 15 000 pesetas, y que en los presupuestos para 1931 vuelva a consignarse la plaza de jefe de la Asesoría Técnica de la Comisión de Cultura, con el sueldo indicado, reintegrándose a dicho cargo que lo había desempeñado (entrando por la puerta falsa) hasta que fué suprimido en anteriores presupuestos.

La Exposición de Barcelona, señor, se hizo para ser obra de todos, de paz y de justicia, pero no se hizo ni se hace ahora otra cosa que tapar bocas de parientes y favoritos y de separatistas hipócritamente convertidos. Ciertas banderías, mal llamadas directoras, ni transigen con nada ni por nadie, no reparando en valerse para el logro de sus ambiciones de coacciones y violencias. Eso debe acabar y acabará.

De la resignación que mi bondad ha tenido se han aprovechado los cínicos para fines, monopolizando con audacia el talento y la cultura en Cataluña. Al que hace el mal de intrigar, de adular, le produce el bien en la vida y obtiene el bienestar que apeetece; mientras el que hace el bien y tie-

ne ansias de ayudar a Cataluña y a España, le produce el mal de no con seguir otra cosa que su desgracia.

Ante esta acción, hay una solución, una sola justicia.

Cataluña, tanto se han enriquecido.

Mientras por su culpa y con mayor encono nos azotan las injusticias, se permiten despilfarros de muchos miles de duros, a costa de tanto malestar y de nuestra hambre.

El mayor baldón de un pueblo, el más peligroso germen de anarquía, es que algún ciudadano encuentre cerradas las puertas de la justicia o excesivamente abiertas para escapar por ellas, conducido por el embuste de las influencias de la dictadura catalanera.

El Ayuntamiento actual puede y debe evitar que el odio y las amenazas de una minoría cobarde en Barcelona, sean una desgracia para una honrada familia.

Por todo lo expuesto, como estoy resuelto a no sufrir por más tiempo tantos males y enormes perjuicios, antes de desesperarme acudo a la Prensa.

Las personas que ejercen mando, quienes más estímulos les prestan son los que, interpretando sus ansias de justicia y deseos de acertar, les asisten con protestas, reclamaciones justas y desvelos.

He llamado a todas las puertas. Los más dichosos no atienden, y ¡los secretarios!, por no molestar a sus señores, malogran a muchos leales luchadores. Triste realidad.

La protesta razonada y lógica es un derecho ciudadano que nadie puede discutir. La Patria impone deberes de adhesión y defensa a sus hijos.

Yo los he cumplido siempre y se me ha pagado con el desprecio.

Por amor a la justicia, al estudio y trabajo, morir sin que los culpables de mi ruina padezcan en su honor y prestigio, no será: juro que no será.

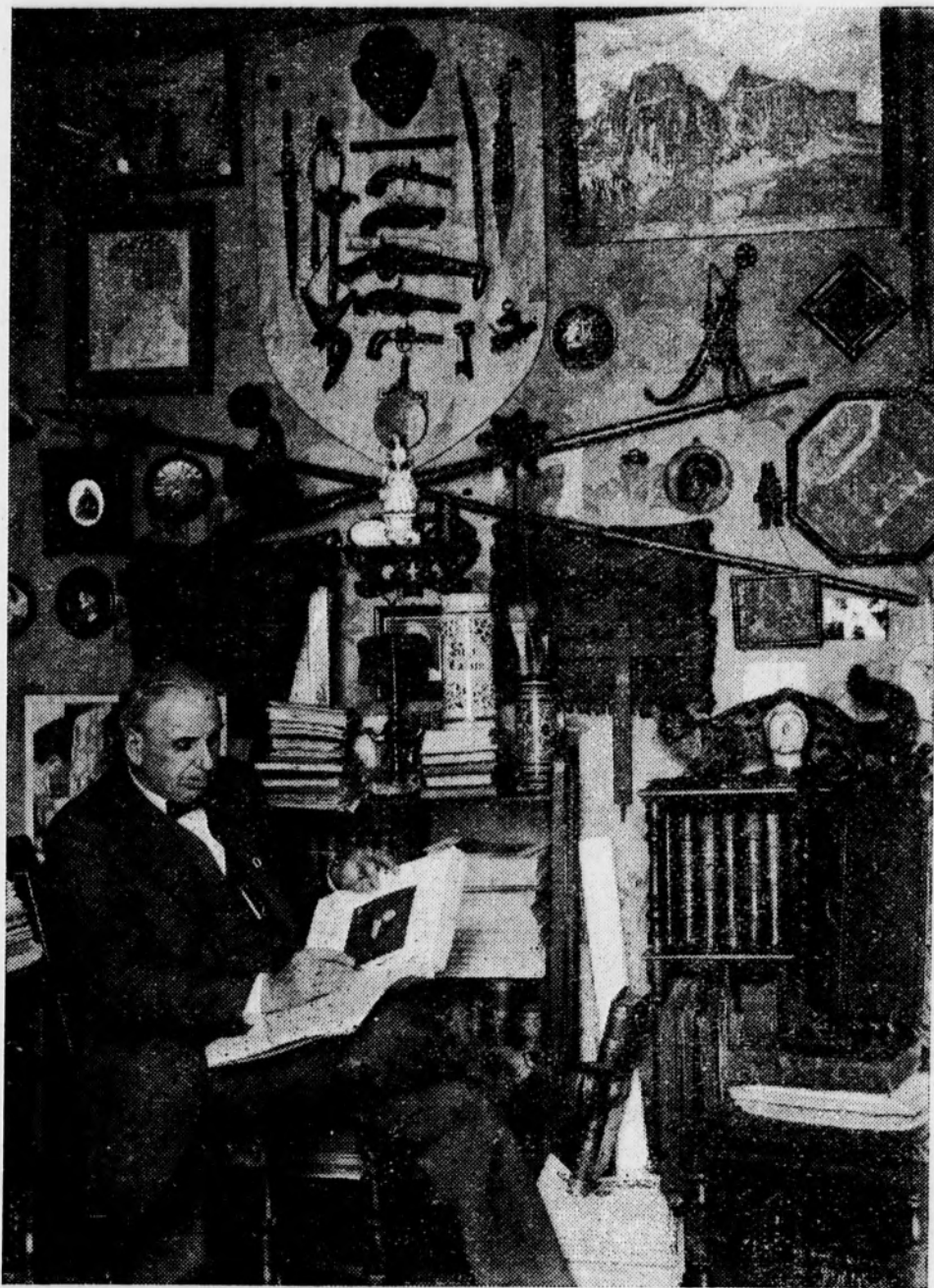
A todos los hombres de nobles sentimientos y honradas convicciones dirijo este mismo escrito.

LORENZO BRUNET

Ex pintor. Profesor de dibujo y color de la Asociación de la Prensa diaria.

Barcelona, diciembre 1930.

El Hogar de los artistas catalanes. Barcelona.



El pintor-dibujante y publicista don Lorenzo Brunet, autor del celebrado álbum «La Constitución política española», ilustrada con interesantes dibujos satíricos. (Foto. Ortiz.)

Veo ahora el mal que se me ha hecho. La vergozosa amenaza por el pecado de aceptar una pensión de un Gobierno español, no puedo olvidarla ni digerirla.

Los políticos catalanistas no perdonan, no, a los que no quieren llevar careta ni esconder su corazón.

Soy catalán, amo a mi Patria como un hombre y no como un colegial de la *Lliga Catalanera*. Creen, por lo visto, ciertos catalanistas que no existe más que una verdad de sentimiento patrio, la que ellos, con sus oportunismos o intransigencias, han aprendido, y, sembrando el odio en

Ayuntamiento de Madrid

PARA UN ESTUDIO DE CURROS ENRÍQUEZ

por JULIO SIGÜENZA

La obra de Manuel Curros Enríquez está íntegramente tendida sobre un pasado muy próximo. Apenas fué ayer que el poeta anduvo y vivió entre nosotros, y aquel ayer, que todos hemos vivido un poco, se nos presenta ya con tal fondo de lejanía que nos sentimos viejos al evocarlo.

Y no es que los libros de Curros Enríquez hayan envejecido prematuramente. No. Lo que sucede es que el ritmo de la vida gallega ha sufrido un rudo aceleramiento y un cambio radical de entonces acá. A nuestra abulia secular, a nuestro característico encogimiento de hombros, ha sucedido un incontenido deseo de acción, de marcha. El atisbo de la meta, con posibilidades de cierta, nos ha inyectado nueva inquietud, y allá vamos, apelonados a veces, con paso decidido, a la conquistar del porvenir. Al *non plus ultra* que fué nuestra divisa antaño, hemos arrancado el *non*, como lastre inútil, y ahora vamos más ágiles y ligeros. El ceño perdió la contracción adusta, y una sonrisa alegre y optimista, augural del triunfo, ilumina los semblantes que ya presumen cercana la victoria.

A esos que hablan de nuestro estancamiento y de nuestra quietud, habría que, arrastrándolos en el tumulto de nuestra marcha, llevarlos de la mano por los libros de Curros Enríquez, y decirles: He ahí nuestra vida hace apenas veinticinco años. Lo que contemplas fuera de estos libros, en el ambiente que te rodea y te envuelve, es nuestra vida de hoy. Pesa y mide.

Manuel Curros Enríquez, con ser lo que él fué en nuestra Galicia, dijo un día al frente del más admirable de sus libros:

Escribir nada mais pra unha provincia
Ou, com'os povos árcades fixeron,
Escribir sobre a casca d'os curtizos,
Cáxeque todo ven a ser o mesmo.

Es la única afirmación errónea a que le llevó su tiempo. Aquel tiempo lamentable en que le tocó actuar, y en el que nadie sería capaz de augurar una posteridad que tuviera su sólido pedestal en ese idioma de la provincia que día a día se veía agonizar y morir, sin que nadie se creyera con fuerzas ni voluntad de salvarlo, ni aun, siquiera, de anticiparle un crédito de atención.

Jamás creyó Curros Enríquez que los cuatro versos que acabamos de citar contuvieran en sí la más mínima partícula de verdad. Curros Enríquez

era poeta, y ser poeta es tanto como vivir a couos con la videncia. Los poetas saben—dolorosa experiencia—que para revelar virtudes es necesario rustigar la inercia y el conformismo que las adormecen. Curros Enríquez había leído a Shelley, y el poeta inglés le dijo un día: *Los poetas, de acuerdo con las circunstancias de época y nación y en que han aparecido, se llamaron en las primeras épocas del mundo «legisladores» o «profetas». Un poeta comprende y une, esencialmente, esos dos caracteres, porque no sólo contempla el presente tal como es y descubre aquellas leyes de concordancia con las cuales deben ordenarse las cosas presentes, sino que contempla en el presente el futuro, y sus pensamientos son los gérmenes en flor y del fruto de los últimos tiempos.*

De que Curros Enríquez tenía fe en Galicia, lo dicen, con alta elocuencia, toda su vida y toda su obra. Vida y obra consumidas en el altar de la patria. Todos sus libros son borbotes de fe. Se necesitaba mucha para hacer lo que él hizo en el tiempo en que lo hizo. Tiempo de negación en el que cada dos gallegos escondían un Judas, y en que triunfaban los audaces y los apóstatas. Recordad la historia de aquel tiempo los que sintáis y penséis en gallego, y veréis que el páramo es infinito, y que solamente cinco o seis voces envolvieron algo puro y elevado en la palabra augural que dijeron para tres millones de habitantes.



—La verdad examinando las mentiras de la historia.

Celebrado dibujo—Ex-libris personal—muy buscado por los coleccionistas y ex-libristas del extranjero.

Nuestro galleguismo era entonces de pirotecnia verbal: hueco y sonoro. Los restallantes apóstrofes de Curros herían indistintamente a unos y a otros, porque la confusión impedía distinguir lo bueno de lo malo. Entre los mercaderes que Jesús arrojó del templo a latigazos, puede que hubiera algún auténtico creyente arrollado por la turba al huir. Pero puede, también, que no hubiera ninguno. Que todos fueran mercaderes. Y como Curros venía dispuesto a hacer:

Unha gran xuventude d-estrelas
d-unha gran xuventude de sapos

apenas si tuvo tiempo de pensar que alguno de aquellos sapos podía llevar una estrella en la boca. Que tanto van las estrellas a la charca, que no sería del todo imposible el milagro...

La salvación de nuestros poetas, aun de los más auténticos, consiste en haber logrado realizar un arte absolutamente humanizado. Arte humano para la humanidad. Humanidad viva y palpitante que los libra para siempre de morir con las veleidades del cambio de las escuelas literarias. Todos son menos literatos que poetas, y por encima de su poesía está siempre la vida. La vida humana, real y tangible. Es por ello que hoy podemos soportar sus obras, que las soportaremos siempre, porque siempre hemos de encontrar en ellas calor de humanidad: vida de nuestra vida; dolor de nuestro dolor, y horizontes para nuestra angustia y para nuestra esperanza.

Toda esta vida nuestra; todo este dolor desesperado de nuestra raza, lo cantó Curros Enríquez en versos admirables. Con él aparece el poeta civil de Galicia. No se hizo su voz entre nosotros, porque como nosotros tuvo que emigrar de su tierra. Viene con esa voz de fuera, y así lo prueba toda su producción castellana. Nos trae civilidad, y nos trae con ella a la poesía patria todos los defectos de la poesía castellana de entonces, en la que es defecto capital esa prolongada sonoridad de tambor que quiere sustituir, por un ritmo musical monocorde, la falta absoluta de idealidad y de poesía. La poesía castellana de la segunda mitad del siglo XIX, no es más que eso: ritmo y artificio. Cuando acierta a construir algo con apariencias de solidez, lo hace a la manera barroca y solamente en el sentido del peso.

Salvan a Curros Enríquez, al incorporarse a nuestras letras, su curiosi-

dad literaria y su fuerte temperamento poético y racial. La indigencia espiritual de España, a la que fatalmente vive ligada Galicia, le obliga a volver los ojos a Portugal en donde el astro magnífico que es Guerra Junqueiro, divulga y modela a su voluntad la egregia voz que viene de Francia. Aquella voz prende, también, en su eco, a Curros Enríquez. El es el único de nuestra trinidad que sufre marcadamente su influencia. Pero hemos dicho ya que Curros Enríquez era temperamentalmente poeta. Nació para eso: para ser poeta, y difícilmente hubiera podido ser otra cosa.

El reflejo que trae de Hugo y de Guerra Junqueiro se adapta a nuestra voz, y pronto pierde el sello de origen para adquirir carta de ciudadanía entre nosotros. La voz de Curros se vuelve nuestra voz, y ya nadie distingue más voz que la de él. Voz de anchos sonidos y de múltiples registros, capaz de abarcar en sí la totalidad de nuestra vida y, por tanto, de nuestro dolor.

En medio de todas las tragedias y desdichas que habían logrado hacer de nuestra raza indómita una raza apocada y vencida, inútil para la acción, hemos tenido la altísima suerte de que nuestros poetas fueran patriotas encendidos y supieran dar a su arte la precisa función social que en nuestra tierra cabía asignarle por entonces. Nuestros poetas han sido de todo lo que hizo falta que fueran para hacernos despertar del sueño envilecido en que vivíamos: fueron filósofos; historiadores, hicieron patria y sociología, y fueron hasta maestros de primeras letras. Galicia era una masa embrionaria, y ellos la moldearon, sacándola a luz y dándole el fuerte soplo vital que la puso en el camino preciso que hoy, indudablemente, seguimos unos cuantos. No todos, desafortunadamente, porque aún hay quien duerme en nuestra tierra, cabeceando en la aurora de un despertar, y aún hay, también, quien dormirá para siempre.

Por eso hay que medir mucho las palabras cuando se habla de nuestros poetas. Todo cuanto somos en la actualidad—que no es, ni con mucho, aquello a que tenemos el derecho de aspirar—se lo debe Galicia a sus poetas. ¿Qué voz, aiena a la de ellos, se alzó en nuestra tierra para llevarnos por el camino de la regeneración? Poetas y poetas solamente. Nada más hemos tenido que poetas. Poetas de verdad, auténticos, de esos que no nacen todos los días, y que cuando nacen ya traen la estrella en la frente y ya empiezan bebiendo el dolor de la vida.

Que estudien y piensen esos mozos de hoy, que se burlan ingeniosamente de todo lirismo, el caso concreto de la poesía gallega, en su influjo decisivo en nuestra reincorporación a la

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Pida catálogos y boletín trimestral.

cultura del mundo, y ya verán que los poetas pueden legar a las patrias algo más sólido y duradero que cantos a la luna y al cielo azul. El poeta vive en las alturas, y por eso, ciertamente, con ojo múltiple y avizor, alcanza a ver, en visión certera y anticipada, los destinos futuros de la humanidad.

El espíritu de Curros Enríquez supo, como ningún otro en nuestra tierra, fundirse en el pueblo que cantó. Sus ideas fueron pronto las ideas de la comunidad, y a buen seguro que en los últimos años de su vida, ya ni él mismo sabía cuáles, de entre las que devolvía el pueblo en su eco, eran sus propias ideas y cuáles las ajenas.

Fué un hombre de excepción, de esos que nacen muy de tarde en tarde, y que siendo portadores de una idea nueva logran hacerla común dándole una expresión precisa y justa al par

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas.



que sencilla. El pueblo se apropió aquella idea, que en definitiva es redentora, y cada uno se compenetró de ella con tal intensidad que la original y propia. Es este el mérito reservado a los grandes y a la vez homenaje justo a su talento por parte de la comunidad. Homenaje inconsciente, que roba la gloria externa, que nada interesa a los hombres excepcionales, pero que les brinda, en cambio, la satisfacción intensísima de sentir que se olvida su nombre cuando el espíritu de su obra, difundido en el pueblo, es más vivo y trabaja más eficazmente.

Curros Enríquez vivió esta cierta gloria. La vivió aun en medio de las ruindades y vilezas con que el destino adverso se empeñó en amargar sus minutos. Porque Curros Enríquez nació predestinado para beber, hasta la última gota, el más amargo cáliz de dolor. En él se ensañó la vida con intensidad terrible. Pero cuando cayó vencido para no levantarse más, fue cuando, ciertamente, comenzó a vivir con vida eterna e inmortal.

“LOBOS Y OVEJAS”

Hace unos días se ha representado en el teatro Gran Orient, de París, la tragedia rural «Lobos y ovejas», de nuestro querido colaborador J. G. Gorkin, estrenada con gran éxito en el teatro Renée Maubel, de Montmartre.

La obra ha sido puesta en escena a petición del público, por la compañía «Nueva Armonía» y ha constituido un nuevo triunfo para el joven autor de «Días de bohemia». Como todo lo que escribe Gorkin, «Lobos y ovejas» es una obra en la que trata profundamente el problema social: la tierra acaparada por el cacique, que es dueño también del monopolio de la autoridad. Esta se desarrolla en una aldea española atormentada por el dolor campesino.

La Prensa francesa nos dice que se trata de una obra moderna y de gran intensidad que le ha valido a Gorkin el mejor de los éxitos.

Después de la representación, Gorkin dió una conferencia sobre el tema «Próxima creación de NUESTRO TEATRO en París»; Pilar Torres, actriz de la compañía Oliver-Cobeña, recitó «Versos españoles», y Dolores Gómez, bailarina española de Montmartre, bailó lo mejor de su repertorio.

ANDRÉS NIN,
CONTESTA A CAMBÓ

Las dictaduras de nuestro tiempo

Con este título ha publicado nuestro colaborador Andrés Nin un libro sobremano interesante, no sólo porque destruye la argumentación de Cambó en su libro *Las Dictaduras*, sino porque esclarece todos los ángulos del movimiento político-social moderno.

Los proyectos técnicos, la racionalización, el paro forzoso y la crisis económica. Los gobiernos obreros.

Subraya el señor Cambó los progresos de la técnica como uno de los hechos característicos de nuestra época, como una de las causas de «la gran revolución de nuestro tiempo». «Y no es—añade—que se hayan producido inventos y descubrimientos de los que modifican el modo de vivir de los hombres y de los pueblos. No; hemos visto desenvolverse y perfeccionarse los inventos que caracterizan los últimos años del siglo XIX, pero no hubo ningún otro nuevo» (pág. 5).

Esto es cierto, pero no constituye una particularidad característica del tiempo en que vivimos. En general, todas las grandes revoluciones industriales no han sido producidas por nuevos inventos, sino por el perfeccionamiento de los anteriores. La máquina Watt, para utilizar un ejemplo técnico, no fué el primer motor a vapor, sin el perfeccionamiento de los aparatos Ranin y de la máquina Newcomen, inventada cien años antes, pero que no se aplicaba más que para la extracción del agua de las minas. Tanto esta máquina como la de Watt no eran otra cosa que la aplicación de una serie de descubrimientos físicos de los siglos XVI y XVII genialmente combinados y que, gracias al desarrollo de las máquinas en la producción, hallaron modo de ser utilizados. Treinta y ocho años después del descubrimiento de Watt, Fulton aplica el vapor a la navegación; de modo semejante, veintitrés años más tarde, Stephenson la aplica a la locomotora.

En realidad, la causa de la revolución industrial no fué la máquina de Watt, sino la evolución de la producción mecánica que venía a sustituir el instrumental empleado por el obrero. Estos inventos y sus perfeccionamientos posteriores provocaron un colosal desarrollo de las fuerzas productoras y que era harto mezquino mientras la industria dependía de fuentes de energía limitada, tales como los organismos vivos y los elementos naturales (el viento, el movimiento del agua).

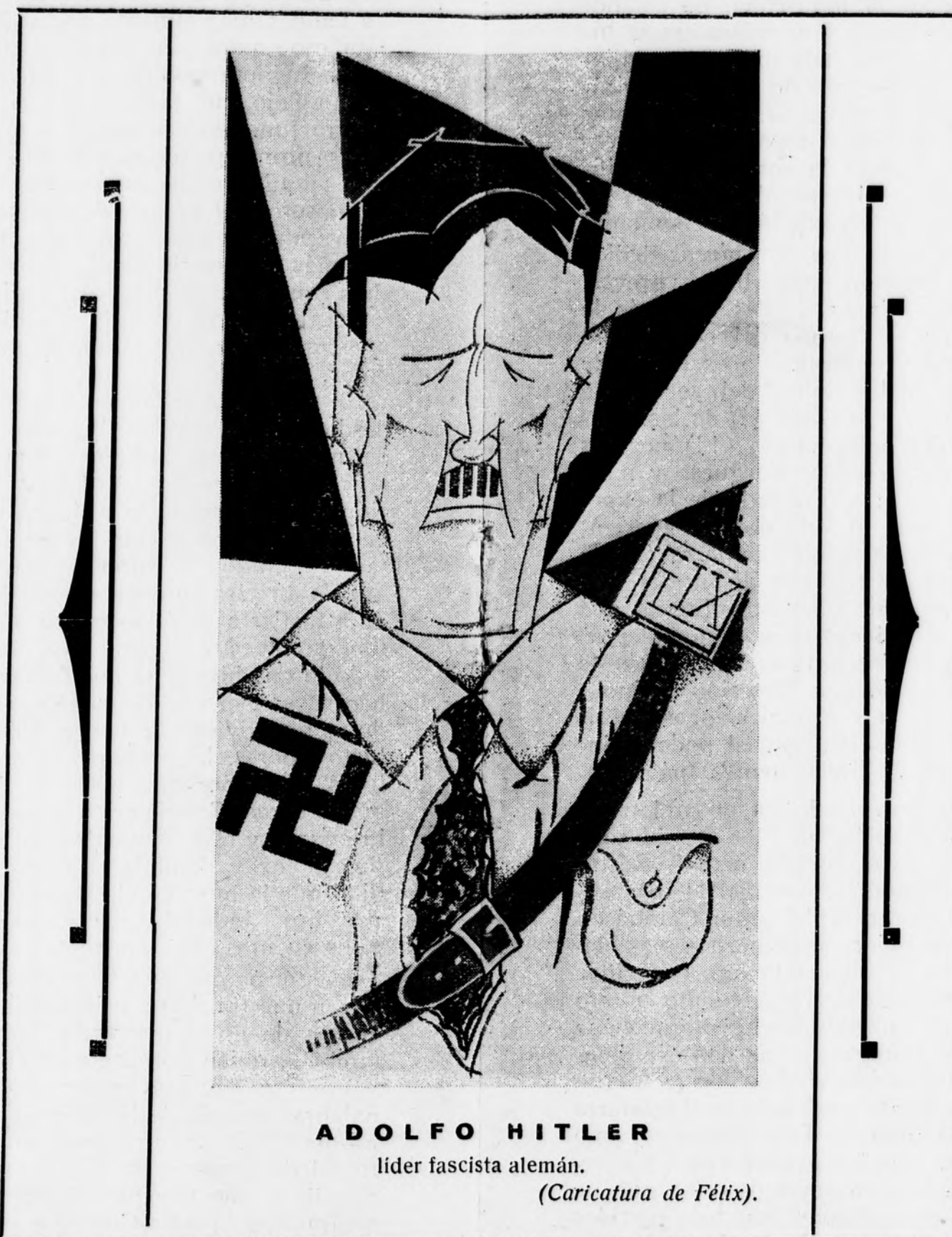
Las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX, conocidos como el período de la revolución industrial, puede decirse que son un juego de niños comparados con la transformación profunda experimentada por la técnica durante el primer cuarto del siglo actual. En realidad, esta transformación se reduce a un perfeccionamiento de los inventos anteriores o a la aplicación a la industria en gran escala, de las ciencias físicas, químicas y naturales. Y no puede afirmarse, como lo hace el señor Cambó, que se trata de descubrimientos que no modifican la manera de vivir de los hombres y de los pueblos. Las aplicaciones del petróleo o la electricidad, los inmensos progresos de la industria química, el moderno sistema de organización del trabajo, están transformando ante nuestros ojos el mundo y ahincan su huella en la totalidad de la vida social. Y no hablemos ya de las modificaciones esenciales producidas en la vida económica, política y social de las colonias por los progresos de la industrialización (otro de los «olvidos» del señor Cambó) y gracias a los cuales han logrado estas últimas en pocos años un desarrollo de las fuerzas productivas que a los países capitalistas les ha costado siglos alcanzar.

La revolución en los transportes y las comunicaciones, señalada con justicia por el autor de *Las Dictaduras* como una de las características del tiempo actual, ha sido una consecuencia directa de la revolución en la industria, porque en sus formas anteriores habrían sido incapaces de servir el desarrollo creciente de las fuerzas productoras, no habrían correspondido a una época de extensión inmensa del mercado mundial, de rapidez vertiginosa en la producción, y en la cual los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, el automóvil y, cada día más, la aviación, juegan un papel de primera categoría. Es evidente que en una época como la nuestra los medios de comunicación y transporte no podrían ser los mismos de las épocas caracterizadas por la pequeña agricultura e incluso por la producción manufacturera.

Y, estimulado por la competencia, por la necesidad de rebajar el precio de coste y conquistar nuevos mercados, el progreso de la técnica moderna es incesante. Actualmente, por ejemplo, se da el caso, como hemos visto en los Estados Unidos, de que fábricas nuevamente edificadas resultan ya envejecidas antes de terminar su construcción, a pesar del grado de

perfección a que ha llegado en América la industria de la edificación. En la actual sociedad capitalista no es posible el estancamiento técnico. «La industria moderna—dice Marx (1)—no considera nunca definitiva la forma

relativa del capitalismo, fuertemente sacudido por la crisis de la post-guerra. En 1928-1929 todos los países importantes, con excepción de Inglaterra, sobrepasaron el nivel de producción anterior a la guerra. Este período



ADOLFO HITLER

líder fascista alemán.

(Caricatura de Félix).

existente de los procesos de producción. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras en todas las formas anteriores de producción la base era substancialmente conservadora.»

En los progresos de la técnica radica una de las causas, olvidada también por el señor Cambó, de las contradicciones interna del sistema capitalista.

Durante estos últimos años hemos asistido a un proceso de estabilización

de relativa prosperidad y de «florecimiento» en los Estados Unidos hizo creer en una estabilización del capitalismo para un período de algunas décadas, no sólo a la burguesía, sino también al socialismo reformista y a ciertos elementos oportunistas de los partidos afiliados al comunismo. El desastre bursátil de los Estados Unidos, que ha sido un síntoma de la crisis económica iniciada, ha destruido todas las ilusiones. Sus consecuencias se han dejado sentir en todos los

países—con lo que se ha puesto de relieve el lazo que ata la economía de todos los pueblos—, y hoy notamos en todas partes, lo mismo en Europa que en América y en los países asiáticos y coloniales, los síntomas de una crisis mundial inminente.

La explicación de la crisis debe buscarse en los grandes progresos de la técnica. Durante estos últimos años el capitalismo, gracias a los progresos aludidos, a la intensificación del trabajo, a la prolongación de la jornada, a la aplicación de la racionalización en gran escala, ha aumentado por modo considerable su producción, sin que variase sensiblemente el número de obreros ocupados en la industria, que incluso se ha reducido. Todas estas circunstancias han permitido al capitalismo alcanzar importantes resultados, manteniendo los salarios a un mismo nivel y hasta rebajándolos.

Pero estos indiscutibles progresos del capitalismo tienen también su aspecto negativo.

La racionalización de la industria ha producido una transformación radicalísima en la estructura social de la clase obrera. Las máquinas perfeccionadas, la aplicación del «conveer» reducen a operaciones tan simples todo el proceso de la producción, que la mano de obra calificada, cuyo papel era antaño importante, puede ser sustituida por la mano de obra no calificada, por el trabajo de las mujeres y de los jóvenes. Si esta circunstancia permite al capitalismo pagar salarios más bajos, a consecuencia de la eliminación de la mano de obra calificada, le priva, por otra parte, de una de las bases más sólidas en que se apoyaba en su lucha contra el movimiento proletario: la aristocracia obrera.

Otro de los aspectos negativos de la racionalización estriba en que las grandes fábricas modernas trabajan directamente para el mercado. Ford, por ejemplo, ni siquiera tiene depósitos para su producción. Como dicen los americanos, el producto va directamente «de las manos a la boca». Esto precipita la crisis, porque no trabajando para la reserva, se produce la inmediata elevación del precio de coste, la pérdida de todas las ventajas de la producción en masa, el aumento de los sin trabajo.

Los progresos de la industria en las colonias reducen considerablemente los mercados exteriores de la industria de las metrópolis, creándole así una situación difícil.

Finalmente, todas estas circunstancias agravan el problema del paro forzoso, una de las características más

acusadas del capitalismo de nuestros días, y que por un fenómeno antisocial inexplicable no ha sido citado el señor Cambó.

Por su excepcional importancia creemos necesario dedicar a esta cuestión una atención especial.

El paro forzoso es un fenómeno normal del sistema capitalista. La existencia de un «ejército industrial de reserva»—según la expresión de Marx—constituye para el capitalismo una necesidad vital. Para poder disponer en cada momento de la cantidad de mano de obra que le convenga, el capital tiene necesidad de contar constantemente con una reserva considerable de obreros sin trabajo. «El ejército de reserva—dice Rosa Luxemburg—cumple dos funciones para el capital: en primer lugar, suministra mano de obra en los momentos súbitos de favorable coyuntura, y en segundo lugar, por medio de la competencia de los obreros sin trabajo, ejerce una presión constante sobre los obreros que trabajan en el sentido de la disminución de sus salarios hasta el mínimo» (1). «Cuanto más considerables son la riqueza social, el capital funcional y la masa ocupada por este capital, más considerable es el número de los sin trabajo, el ejército de reserva. Cuanto más numerosos es el ejército de reserva en relación con los obreros ocupados, más numerosa es la categoría inferior caracterizada por la miseria, el pauperismo y la criminalidad. Paralelamente al capital y a la riqueza crece, por consiguiente, de una manera inevitable, el número de los sin trabajo y que no perciben jornal alguno y, por tanto, la categoría del «dumpenproletariado» de los mendigos oficiales.» «Esta—dice Marx—es la ley absoluta, general de la evolución capitalista» (2).

El desarrollo capitalista y el paro forzoso son inseparables. Este toma ya en Inglaterra y en Francia un carácter de masa a finales del siglo XIX y en Alemania a mediados del mismo siglo. Pero después de la guerra imperialista de 1914-1918 el paro forzoso, como consecuencia de la crisis general del capitalismo, adquiere proporciones colosales, como lo demuestran los datos que reproducimos seguidamente:

En Inglaterra, antes de 1914, el «ejército de reserva» oscilaba en tiempo normal entre 150.000 y 200.000 hombres. El año 1918, que fué el de la crisis máxima en el período ante-

(1) Introducción a la Economía Política (edición rusa de 1926), página 365.

(2) Rosa Luxemburg, Obra citada, pag. 367.

(1) El Capital, vol. I.

rior a la guerra, el número de los sin trabajo no pasó de 800.000. Desde 1921 hasta la fecha oscila constantemente en 1.500.000 y 2.200.000.

En Alemania el paro forzoso tiene un carácter crónico desde 1923 (182.955 obreros sin trabajo en 1922; 1.304.973 en 1923; 1.464.000 en 1926 (1); 4.120.000 en 23 de febrero de 1930). Antes de la guerra imperialista el número de los obreros sin trabajo era, por término medio, de 200.000.

En los Estados Unidos la reserva de la mano de obra ha sido siempre muy considerable (750.000 hombres por término medio) aun en los períodos de prosperidad. Según la oficina del Trabajo del Gobierno federal, los sin trabajo eran, en 1925, 1.874.000, y en 1927, según el economista Coren, llegaban a 3.500.000, y según la oficina de la Coyuntura de Brucksmire, a 2.632.000. Todo permite asegurar que, en la actualidad, esta cifra ha llegado muy cerca de los 6.000.000 (1) y seguirá aumentando indudablemente a consecuencia de la crisis económica iniciada y de la cual el crack de la Bolsa de Nueva York no ha sido más que la primera externa manifestación.

En Austria, el número de obreros en paro forzoso, que en 1921 era de 16.713, es actualmente de 500.000, según las estadísticas oficiales. Pero como estos datos se refieren sólo a los sin trabajo que reciben subsidio, hay que añadir a esta cifra de 40 a 50.000 obreros sin trabajo no registrados.

En Polonia la reserva de la mano de obra, que antes de la guerra era de 30.000 a 40.000 hombres, es ahora de más de 400.000.

En Italia pasa de 1.000.000 el número de obreros sin trabajo; en Checoslovaquia, de 400.000; en Hungría, de 300.000; en Bulgaria, de 200.000; en Rumania y Yugoslavia, de otros tantos; en Grecia, de 100.000; en Méjico, de 500.000; en América del Sur, de 1.000.000; en Australia, de 200.000, y en el Japón, de 1.000.000.

El único país capitalista de importancia que, por su situación económica relativamente próspera no ha conocido aún el paro forzoso en proporciones considerables, es Francia. Pero la crisis, iniciada ya (la industria pesada reduce la producción; el balance del comercio interior, activo hasta 1927, es ahora pasivo; la crisis agrícola adquiere carácter crónico), es inevitable, y, muy probablemente, Francia dejará muy pronto de ser una excepción en lo que al paro forzoso se refiere.

(1) Estos datos se refieren exclusivamente a los obreros absolutamente faltos de trabajo. Hay que tener en cuenta que, aparte de éstos, hay un número considerable que no trabajan toda la semana (497.711 en 1922, 1.691.309 en 1923, 249.628 en 1926; no tenemos los datos correspondientes a 1929).

(2) En los Estados Unidos no existen datos oficiales acerca del paro forzoso.

NO DELINQUEN

según el artículo 58 del Código penal de la Dictadura,

El que obra en defensa de su persona, honra o propiedad, siempre que concurren los requisitos de:

1.º Agresión ilegítima actual inevitable.

2.º Necesidad racional del medio empleado para impedir la o repelerla.

3.º Falta de provocación suficiente por parte del que se defiende.

La crisis económica mundial, cuyos síntomas se advierten ya en todos los países, agravará el problema, y el ejército de reserva alcanzará proporciones aún más imponentes.

El paro forzoso, así como las circunstancias a que hemos aludido antes y que son una consecuencia de los progresos técnicos y de la racionalización, determinan una disminución de la capacidad de consumo de una gran parte de la población—y no únicamente de la obrera, pues el desastre bursátil ha perjudicado a una masa inmensa de elementos de la pequeña burguesía—y, por tanto, una reducción de los mercados interiores.

Por estas razones resulta completamente falsa la tesis del señor Cambó, según la cual «asistimos a una formidable intensificación de las fuentes productoras y de la capacidad consumidora» (pág. 6). En régimen capitalista la industria produce no para satisfacer las necesidades humanas, sino para el mercado, y el exceso de producción no significa que ésta sea superior a estas necesidades, sino a la demanda del mercado, subordinada a las oscilaciones de la capacidad adquisitiva de la población (1). Mengua esta capacidad, y esto es lo que intensificará todavía más la lucha por los mercados, por la exportación de capitales, por la conquista de nuevas zonas de influencia, la lucha arancelaria, y, en fin de cuentas, provocará nuevas gue-

(1) He aquí lo que sobre este punto dice un economista burgués alemán: «Un aparato de producción que aumenta y mejora constantemente perdería su sentido económico y sería estéril si no pudiese funcionar para cubrir la demanda. Esta demanda sólo puede ser proporcionada por la capacidad adquisitiva creciente de las masas... Sin el aumento constante de la capacidad adquisitiva de las masas es imposible un desarrollo pujante de la industria.» (Félix Inner, en el *Berliner Tageblatt* del 9 de junio de 1928).

(2) «La crisis económica mundial inminente y la misión de la clase obrera», en la revista *La Internacional Roja*, que se publica en ruso, en alemán, en francés, en inglés y en castellano, del mes de enero de 1930.

rras imperialistas que, como hace notar el economista ruso M. Rubinstein (1), constituyen, si otra cosa no, un medio de colocar millones de toneladas de hierro, de acero y de artículos textiles.

En una situación como la que acabamos de describir, el capitalismo tiene necesidad de intensificar la opresión económica y política de la clase obrera. Los partidos socialistas y los sindicatos reformistas, con su política de «paz en la industria», de colaboración de clases y de «democracia industrial», serán sus mejores auxiliares, el instrumento de que se servirá, y de que se sirve ya, para intentar salir de la crisis a espaldas del proletariado. Esta es la verdadera significación del «gobierno obrero» inglés y del gobierno de coalición de Alemania.

El autor de *Las Dictaduras* dedica a esta cuestión unas líneas breves, plagadas de inexactitudes. Después de consignar el fracaso del comunismo en Rusia y el resultado excelente de algunas realizaciones del socialismo de Estado, y la copia (!) de las soluciones del bolchevismo (!!) por los países de dictadura burguesa y militar, dice: «Y al lado de la experiencia rusa, al lado de las experiencias particularmente similares (!) de los países de régimen dictatorial, observamos cómo las masas obreras, que un día estuvieron encuadradas dentro de los partidos burgueses, después de haber tomado una dirección antipolítica, crean hoy organizaciones políticas obreristas y llegan al poder o influyen en él directamente» (pág. 10).

Hemos precisado ya el carácter y la significación de los «gobiernos obreros» en el período actual. Réstanos únicamente evidenciar la sorprendente ignorancia del señor Cambó en lo que se refiere a los hechos más elementales y universalmente conocidos de la historia del movimiento obrero y que un burgués inteligente no tiene derecho a ignorar. Las dos experiencias más características de gobierno obrero se han realizado en Inglaterra y en Alemania. Tanto en uno como en otro país las grandes masas obreras hace ya docenas de años que no están encuadradas en los partidos burgueses; ya desde hace tiempo cuentan con organizaciones políticas propias y no han seguido nunca una orientación antipolítica. El apoliticismo de las masas trabajadoras ha sido un fenómeno absolutamente característico de los países latinos, y de modo especial de Cataluña y de la América latina. En Francia y en Italia, a pesar de la influencia ejercida por el anarcosindicalismo en el movimiento obrero, las masas proletarias han tomado siempre, en su gran mayoría, una participación activa en la vida política.

RUSIA EN 1930

por A. HURTADO DE MENDOZA

En las 157 páginas de este informe —«Rusia en 1930»— leído por su autor Stalin el 27 de junio de 1930, hemos la solución de tres incógnitas: la incógnita Stalin, la incógnita Trotski, la incógnita del plan quinquenal.

Stalin se nos muestra como un continuador de Lenin. No por expresa voluntad personal. Sencillamente, por los hechos expuestos. De ahí deducimos nuestra opinión. Como sostenedor de la severa unidad del P. C. no cabe duda que ha logrado su propósito. Stalin, impasible, no tolera excisiones en el P. C. y gracias a su actitud la Dictadura del proletariado continúa en pie. Continúa en pie y en su día desembocará—de lleno—en lo que Federico Engels denominó Comuna. Pero su misión aún no toca a su término. Recientemente está el ataque de los Estados capitalistas, del cual ha tenido que defenderse con energía. Lo cual ha sido aprovechado por la Prensa burguesa para presentarnos a Rusia en las «últimas». Y nada más lógico, por cierto, que a un ataque solapado defenderse con los medios más propincuos.

Si prosopopeya, sin pose, sin posiciones de héroe o víctima, Stalin nos informa del estado de Rusia en el año 1930. Números y estadísticas, con su natural severidad, dan autoridad a su informe.

Lenin quería «destruir» para inmediatamente «construir». Trotski quería destruir siempre y luego construir. Era su idea la de «la revolución permanente». De lo contrario, Rusia sería atacada por los Estados capitalistas y tendría que doblegarse a estos ataques adoptando la forma de República democrática burguesa. Lenin, al «destruir» el régimen zarista, se dió prisa en comenzar a «construir» la U. R. S. S. Trotski, en cambio, quería continuar provocando revoluciones en todos los Estados europeos.

Mientras Lenin vivió supo ahogar en energía individualidades. Todos se conformaron con actuar como anónimos soldados de filas. Nada más. Pero muere Lenin y surge la pugna por alcanzar la dirección de todos los que se creían con un haber de méritos para lograr tal suprema dirección.

En este carrusel de apetencias sale triunfando Stalin, quien se propone mantener la disciplina del P. C. y continuar la Dictadura proletaria en su actual fase inevitable. Trotski persiste en su idea de la «revolución permanente», que representa una indisciplina para la enérgica unidad del Parti-

do. Representa además el peligroso «grupito aparte».

Trotski queda excluido del Partido. Su táctica es completamente contraproducente para los fines propuestos por Lenin y ahora continuados por Stalin.

No es que Trotski sea un advenedizo indeseable. Tiene en su favor un haber revolucionario estimable. Pero su idea de «la revolución permanente» es un peligro para el P. C. Es un impedimento para que la Dictadura del proletariado—tan necesitada de unidad, de energía—llegue a la meta propuesta.

En una etapa en que—necesariamente—hay que exterminar todo resto de burguesía-capitalista y echar los cimientos del advenimiento del comunismo, todos tienen que marchar mirando adelante sin distraerse en menudencias personales, sin engrosar «grupos disidentes»; todos tienen que seguir la «línea general de conducta» del Partido. Y Trotski era un serio impedimento para lograr este fin.

Luego Stalin no es el ogro que nos pinta la Prensa burguesa, ni «el oso» de que nos habló el burgués «Le Matin». Es, sencillamente, el cumplidor de una consigna: mantener la unidad en el P. C. para que pueda realizar su programa.

En Rusia, cuando cualquier afiliado del P. C., sea el «último mono» o Trotski, atenta contra su unidad, disciplina, táctica, irremisiblemente se le excluye. Esto contrasta con lo que ocurre en los Estados capitalistas.

Tenemos—ya—dos incógnitos adelantados sobre el proscenio de la claridad: la incógnita Trotski y la incógnita Stalin.

El plan quinquenal encuentra en las 157 páginas de «Rusia en 1930» su más sincera exposición. No una exposición objetiva que nos hiciera dudar, a pesar de todo. Allí está su éxito avalorado por las filas de números comprobantes. El plan quinquenal debía finir en 1932-33. Perfectamente. Pues las cifras que había previsto de la producción industrial para esa fecha han sido—ya—en 1930 aproximadas. Es decir, que el plan quinquenal ha sido realizado en dos y medio a tres años. Por ejemplo: en la industria de máquinas debía producir en 1932-33, 610.000.000 de rub. Visto el rendimiento en 1930, ha sido revistado el

plan quinquenal, y, por consiguiente en su término producirá 1.110.000.000 de rub.

La industria del carbón, al fin del plan quinquenal debía entregar 75.000.000 de toneladas. En el plan quinquenal revisado entregará 125.000.000 de toneladas, etc., etc. ¿Se enteran la Prensa delgadobarreterca? ¿Se enteran los escritorzuelos estomacales? ¿Se enteran los judíos prestamistas?

Pero es que en la U. R. S. S. existen organismos como el «Comité Superior de Economías Soviéticas», que ejerce una controlada administración.

En España poseemos organismos como el P. N. de T., que en realizar una propaganda turística—¡una propaganda turística!—invierten en sus tareas 23.000.000 de pesetas anuales. Y organismos como el upetista Ayuntamiento de Sevilla que tenían subvencionados a periódicos como la X, de don Manuel Delgado Barreto, con 1.000 pesetas mensuales, etc.

Bujarín había sido—también—excluido del P. C. Era su pretensión, situado desde la extrema derecha-opportunista del Partido, oponerse al programa de Stalin y pretender «la integración pacífica de los elementos capitalistas en las filas socialistas». Justamente esta pretensión fué calificada por Stalin de «pueril». Bujarín—menos mal—reconoció su error y hoy figura al lado de Stalin, dispuesto a realizar el programa de acción de la Dictadura del proletariado. ¡Díganle ustedes a cualquier capitalista que olvide el capital amasado prestando al 40 por 100 y que se incluya en las filas socialistas!

La Dictadura proletaria está dispuesta a pagar una mínima parte de las deudas de la llamada «Gran Guerra», pero a cambio de que se le concedan créditos en el Extranjero. Porque vamos a ver: ¿con qué derecho se le exige el pago de una deudas a la Dictadura proletaria que contrajo el Gobierno zarista?

¡Ah, vamos!

En estos tres últimos años, en las diversas—y ramificadas—Casas de Salud y Sanatorios han recibido asistencia 1.700.000 proletarios. En las Escuelas elementales han recibido educación 11.635.000 niños. La cruzada emprendida contra el analfabetismo ha sido tan fructífera, que ha dado un 62,6 por 100 de ciudadanos que saben leer y escribir, en contra de un 33 por 100 antes de la guerra.

Los que nos interesamos por los resultados del gran experimento social registrado en Rusia, tenemos que estar agradecidos a las «Publicaciones Teivos» por habernos proporcionado la lectura del informe de Stalin: «Rusia en 1930.»

Entrevista en seis cilindros

por ALFREDO CABELLO

FRAGMENTO
DE NOVELA

—Entonces, ¿tienes fe en algo?

La miró radiante; aquel era el tono antiguo de sus diálogos, saltándose las etapas intermedias para llegar directamente a lo interesante.

—¿Fe? No.

—Bueno, fe en cierto sentido. Una convicción lo bastante fuerte para matar a un hombre con serenidad, con el alma sonriente.

—Eso sí, la tengo.

Hizo ella un gesto de extrañeza.

—Me ha costado bastante. Desde luego es una confianza impuesta, autoimpuesta, como todas, por otra parte. Tú me perdiste en la negación, en la ausencia total, absoluta, de puntos cardinales, en las afueras del suicidio. Me instalé allí decidido, creyendo que era lo único verdadero, dispuesto a vivir mi escepticismo. Pero al poco tiempo empecé a dudar hasta de eso, de la duda; no veía salida y no me satisfacía el estar siempre encerrado. Fué la parte peor. Un día vi, en una taberna, hablar a un hombre, me chocó su aspecto, muy interesante. Me acerqué, lo que oía me descorazonó. Repelía por archisabido y, sin embargo, me quedé allí. Me reprochaba el aguantar tantas insulsezas dichas en un tono ampuloso, retumbante, aplastadoramente vulgar. Pero me quedé. Hice por conocer a aquel hombre. Resultó un espíritu fino, ávido, infatigable. Cuando me separé de él estaba hirviendo, millones de cosas se volvían del revés, todo se teñía de brillo, de esmalte. Se me presentó cegadoramente; sin una creencia firme la vida se hacía un fantasma, un hueco. Había que agarrarse a un dogma para hacerla rendir todo su jugo.

Ernesto miró a Gloria para ver su sentir. Iba fija, atenta, se creería que al camino, pero cierta separación de las cejas probaba su atención. Siguió.

Llegué a casa entrada la mañana; debía de ir desencajado, agonizante. Tres vértices tenía mi vida: Roma, Nueva York y Moscú. Estuve tendido en la cama hasta las tres de la tarde. Sin dormir estaba más descansado, todo se revolvía, giraba, me llenaba de luz la cabeza. Anduve por las calles, hacía un calor horroroso, pero no volví a casa hasta las nueve; cuando bajó la fiebre. Me puse a analizar. Roma desapareció en seguida. Yo estaba deseando vivir y Roma negaba la vida. Me ofrecía una muerte para después darme—muy larga, eso sí—una vida. Roma desapareció en seguida. Me molestaba su insolencia disimulada, hipócritamente de humildad. Iba además demasiado unida a todo lo consagrado, a lo que yo aborrecía des-

de siempre, a lo que había visto falso.

Quedaban Nueva York y Moscú. Tardé varios días en decidirme, fueron magníficos. Absorbí más datos de los útiles y poco a poco Nueva York se fué borrando. Me dolió bastante. Yo estaba, como muchos—aunque no me lo confesara—, bajo el encanto de las películas americanas. Aquí había lo contrario que en Roma, un premio inmediato. Pero ¿qué premio! Monótono, estéril, aburrido, sin solución posible. Un premio anquilosado. Y yo deseaba hacer, cambiar siempre, avanzar. América me ofrecía ceros, todos los que yo quisiera, pero siempre iguales, y siempre ceros, vacíos, sin vida. Nueva York desapareció. Mujeres, viajes, borracheras. Las tres cosas se encuentran en todas partes. También me ofrecía ocio, tiempo disponible, era lo más atractivo, pero me dió algo de miedo. Ya sé que no es una razón, pero en nuestras resoluciones la razón es lo de menos. Fué un sentimiento. Temí no saber que hacer con aquel tiempo. Convertirme en un millonario chabacano y muerto. Hacerme un saco de ceros.

Me volví a Moscú. Angustiado, era la última salida, y no me atraía. Quería todavía libertad y temía aún la violencia. Pero era la última argolla y la estudié con furia. Y encontré. Por lo menos, aquí había algo. Había el dolor y la voluntad firme, decidida, de vencerlo; no de sufrirlo como en Roma, ni taparlo como en Nueva York. Había allí dos actividades: construcción, destrucción. Podía escoger. Una cosa me estorbaba, no podía proletarizarme, lo intenté y me ahogaba. Me salté el obstáculo. Puesto que no podía, no sería proletario. Ahora, eso sí, les ayudaría todo lo que pudiera, incluso, conmigo si era necesario. Y perdona el melodrama.

—Sigue.

—Tenía que escoger. Construcción. Destrucción. Los casos parecidos los que desde mi clase habían llegado a Moscú, escogían lo negativo. Quizá porque habían tenido que empezar desde el escepticismo; porque habían tenido que negarse a sí mismos y a su ambiente primero. Preferí la construcción, era menos fácil y más alegre. He estado en Rusia, volví, he estado aquí unos años y ahora, antes de irme, he matado a ese hombre.

—¿El primero?

—Sí. Pero, ¿qué importa? Puede seguirle otro.

Se callaron. Gloria, satisfecha y triste. Ernesto, incómodo después de su confesión embarullada y bastante inexacta.

Gloria no quería pensar. La daba miedo. No quería comparar la divergencia de las dos vidas. Miraba furiosamente, sin verlas, las asperezas de la carretera. Sentía la encrucijada y vacilaba en seguir. Hasta entonces todo había ido bien, sin estridencias. Su tristeza mate era bastante elástica para no hacerla sufrir demasiado; salvo momentos de depresión más fuerte, vivía distraída. Ya no podía seguir esto, una revisión era imprescindible y temía las consecuencias. Miraba tercamente con toda su alma en los ojos para contener, para no ver los pensamientos que ya se amontonaban en algún sitio.

Y empezó a hablar.

Fué, así, perdiendo tristeza en las palabras.

Toda su desorientación en una vida que a fuerza de cortesías iba destruyendo toda vitalidad, todo estímulo. Su deseo de salir de allí y la falta de salidas. Un ansia de vivir que únicamente la sostenía, la confianza algo vanidosa de que su vida no había de parar en aquello, que sería una sinrazón el haber nacido para tan poco. Y la comodidad que la iba venciendo, hundiendo, ablandando, como un baño de agua tibia.

Siguiendo el ejemplo de sus conocidas, había intentado interesarse en una obra benéfica. No podía, sentía una repugnancia invencible a hacerse acreedora a un reconocimiento no merecido. Otorgar como favor una compasión obligatoria en su convicción íntima y dejarla relegada al último término, después de las diversiones y las mezquinas dificultades personales, considerándolo más como tributo o ceremonia obligada que como sentimiento genuino, placentero de cumplir. Y además todo el hombo. La radical separación entre el bienhechor y el beneficiado, la suficiencia con que la mayoría se consideraban superiores, dignas de admiración y reverencia. Las rivalidades estúpidas. Los comentarios posteriores que indicaban una sequedad desconsoladora, repelente. Todo la expulsaba, lo dejó. Una crisis de debilidad nerviosa le había servido de pretexto físico.

Ernesto la escuchaba atento. Sinceramente emocionado unos ratos. Mor-daz otros, irritado en su situación de confesor de esposas fracasadas. Pero más interesado a medida que Gloria, desenvolviendo su pasado, borraba el salto que al principio le había desorientado.

El día venía justo al viaje. En los últimos minutos de luz aparecieron las primeras casas y las primeras torres.

Unos kilómetros antes del poblado se detuvieron. A ultimar detalles y a despedirse. Ernesto prefería entrar a pie en el pueblo. Se llamaría menos la atención y si había llegado algún aviso sería más fácil escabullirse.

Se escribirían. Ernesto temía que Gloria se arrepintiese de una decisión poco pesada. Y quería orientarse. Lo decisivo del gesto no admitía improvisaciones.

—Escríbeme por ahora a estas señas. Ya te avisaré yo si hay que cambiarlas.

Gloria sacó un cuadernito y empezó a anotar lo que Ernesto la dictaba, pero apenas empezado se corrigió vivamente.

—No, mejor será que las aprenda de memoria—aclará sonriendo.

Los rostros y las manos al enfrentarse tenían una misma expresión. No sabían si alegre o triste.

Otra vez el cuenta kilómetros en primer plano. Pero no como antes, ya no es un condimento de la monotonía, es un arma. Avivar la marcha es acortar el regreso, avanzar en el desarrollo, acercar el desenlace. Ahora ya no es un goce malsano, estéril, porque tiene un objeto, porque la velocidad ya no es un fin. Tiene una salida y adentrarse en ella es acercarse a la puerta deseada. Ahora el reloj comparte la supremacía, se trató de ganar tiempo.

La imagen de Ignacio, quieto, esperando, y la de Ernesto, rápido, actuando. Y el deseo de unir lo más pronto posible estos dos extremos y de entrar ya de una vez en el camino.

¿Notaría algo Ignacio? Se sentía sin verla una expresión distinta en la mirada. Decidida y dura. Pero Ignacio la daba lástima. Iba a causarle un dolor que no había merecido. ¿De qué modo sería mejor? Decírselo de una vez francamente, o ir con cuidado preparando el terreno minuciosamente. Aumentando la incompatibilidad y la tirantez. A veces sentía que el disimulo era indigno de Ignacio, que se rendiría razonablemente a la evidencia. Otras, temía que no, que Ignacio bruscado en sus prejuicios más hondos apelaría a toda su fuerza. No sabía. Se encontraba en terreno falso y para cortar una vacilación que la desesperaba cambió de sujeto. La táctica se determinaría por sí sola naturalmente. Lo esencial era ganar tiempo.

Cuanto antes esté con él más fácil será, se repetía. Lleva quince minutos esperándome. Media hora que tardaré en llegar. ¡Bah! Unas visitas inapla- zables. ¡Con tal de que el coche no me falle!

Parecía imposible. Como si él también hubiera encontrado un objeto a su existencia, iba decidido, sin desfallecimientos, magníficamente monótono a su destino.

Se había evaporado ya la última gota de luz. Los faros no descubrían más que el trozo imprescindible de carretera, como para no desanimar al caminante mostrándole completo lo que falta aún. Los árboles, al pasar, zumbaban alentadores.

Toda la carretera parecía igual. Gloria que conocía el camino sabía que pronto llegaría un montecillo, el último antes de llegar a la ciudad.

Un coche viene en dirección contraria. Gloria acciona las luces del cruce. Como el otro no contesta vuelve a encender. Los otros faros, más fuertes, ciegan. Vuelve a guiar las luces. Pero, ¿qué pasa? Los faros se han quedado apagados, un falso movimiento de la mano cortó el contacto. A ciegas ante la luz brutal de frente, la mano busca, serena todavía, las llaves de mando, mientras la otra cris-

pada en el volante mantiene al coche en la línea. ¿Los pies? ¿Quién se acuerda de los pies! La cuestión es encontrar la llave. La pobre mano atontada recorre siempre el mismo espacio inútil, se multiplica, se sobrepasa, adquiere una agilidad inverosímil. Y siempre la luz de frente. Creciendo, desgarrando, arañando el cerebro, haciendo gritar casi. ¡La luz! ¡La luz!... ¿Dónde? El corazón está en la mano derecha enloquecida. La izquierda muerta. Con una sacudida el coche abandona la carretera. Una preocupación inútil. ¡Las señas! Y, en el delirio, un golpe, un primer golpe. El último. El coche rueda, también inerte, por la vertiente.

Los faros, los otros faros, siguen fríos, devanando la carretera.

Septiembre-octubre, 1930.

“NAVODNAÏA VOLIA” (1)

por ANTONIO DE OBREGON

La Rusia del siglo XIX ha sido madre de tantos acontecimientos, que los libros no han bastado para contarlos. Yo lanzaría una iniciativa para la conmemoración del romanticismo ruso. Porque todos conmemoramos el romanticismo, pero no se ha hablado de conmemorar el de la patria de Tolstoi y Dostoievski. Por mucho que se escriba nunca sabremos nada de la realidad; seguirá desconociéndose, dejándose a la imaginación—la gran ventaja esclava de la imaginación—la evidencia de que cada gota de sangre anónima era un poema capaz de iluminar por sí solo el porvenir. Nunca se dirá ni cantará bastante la gesta del romanticismo político de Rusia, cuyos padecimientos no creo tengan similar en la Historia porque si bien el mundo de otro tiempo ha pasado por crisis igualmente cruentas, ha sido sin las facultades receptoras que el cerebro y el pensamiento cultivados han añadido al hombre de la Edad Moderna, incompatible ya con la injusticia, quien sabe que ha llegado la hora de darse a una nueva civilización que acabe con los defectos de las hasta ahora ensayadas, a una nueva secta de paz mundial que ponga fin a las ambiciones y a los fanatismos de los peores.

Por mucho que se escriba no se dirá lo bastante. Todo quedará inédito, porque la cámara cinematográfica—el único testigo veraz—no ha estado presente hasta cuando estaba todo conseguido, después de un siglo de lucha y de esfuerzos estériles. Ni podía estarlo, tampoco, porque la cámara cine-

matográfica no es, como la pluma del escritor, invisible. Un escritor es un soldado, un campesino, un obrero, un magnate, y su pluma permanece desconocida para todos porque ecribe—graba—en la imaginación, en tanto que encuentra cuartillas...

Era Rusia la nación más atrasada de Europa. Los episodios del zarismo constituyen una película increíble. Nicolás II y las orgías del dictador campesino no parecen haber podido ser contemporáneos del ferrocarril y el automóvil. Rasputin es un tipo de principios de la Edad Media, pero de la Edad Media aldeana y ultramontana, salido de la más abyecta ignorancia y transportado a la corte fastuosa del «ballet» para sacudir la paciencia del pueblo, porque, como se ha dicho tantas veces, él es el verdadero autor de la revolución.

Tan interesantes o más que las proezas mismas son sus períodos de incubación. El período de incubación de la revolución fué largo y difícil. El romanticismo político de Rusia es una larga y accidentada novela que tiene casi todas sus páginas manchadas de sangre. Fué la época del manifiesto y la proclama clandestina, del espionaje y del mitin disimulado. Muchos magnates se fueron entre los intelectuales y bajaron a confundirse con el pueblo, difundiendo las teorías del Socialismo, que entonces conmovía el continente. El príncipe Kropotkin y Sofía Petrovscaya se inscribieron en los libros de los héroes.

La venganza de la sangre derramada creó, por evolución, la «Narodnaïa Volia». Palabra evocadora para todos los conocedores de las vicisitudes del país de Gorki. «Narodnaïa Volia». La

(1) Este artículo es una evocación del romanticismo político ruso, entendiendo por él el que inunda toda la segunda mitad del siglo XIX.

voluntad del pueblo cuando casi no había pueblo, cuando los «mujiks» entregaban los estudiantes a la policía del zar. La ficción que los intelectuales inventan intentando suplir la realidad con su entusiasmo: así veo yo al «Narodnaia Volia». La voluntad de ellos, que son pueblos dirigente, pueblo redentor.

Mientras ellos morían por sus ideas los demás países hacían literatura. Se encarama a la palestra de las modas líricas—porque en occidente todo se convierte en moda—el joven de las melenas que organiza complots. Todo el romanticismo de la época gira alrededor de ese eje terrorista de la bomba de Grimevitsky. La inutilidad de su acción es de todos sabida; a la larga, no lograban nada; sus golpes eran inútiles, como el romanticismo todo. Una inutilidad más del siglo,

puesto que era el pretexto para la reacción cruel.

Se habla ahora de nuevo romanticismo. ¿Se ama ahora más la vida? No; se desprecia quizá más que entonces; los jóvenes de nuestro tiempo ven la muerte con alguna indiferencia, pero se tiene un concepto más humano de su utilidad. Es preciso ser útil, cueste lo que cueste, a la causa de todos. Y para ser útil a la causa de todos es preciso vivir y no morir. O morir útilmente...

Ahora que conmemoramos el romanticismo burgués no olvidemos aquellos nombres inquietantes, los más inquietantes del siglo XIX: Jelabov, Kibalchich, Vera Figner, Sofía Perovskaya... «Narodnaia Volia».

Y el nombre de «Narodnaia Volia» no puede ser más limpio. Voluntad del pueblo. Del pueblo existente o in-

ventado. Voluntad de los que aman al pueblo.

Hoy, en los países capitalistas, existen hombres que se desprenden también de las clases altas para colaborar en la izquierda social. Mediante este fenómeno se conmemora mejor que de ninguna otra forma el romanticismo, el romanticismo muy posterior a la cifra 30, puesto que hablamos de «Narodnaia Volia».

Sin aludir a los intelectuales—es sabido que los intelectuales destacados de todos los países aseguraron hace poco tiempo que apoyarían el comunismo de echar raíces en sus suelos respectivos—se encuentran hombres de todas las profesiones y hasta aristócratas que brillan en la propagación y en la efectividad de sus ideales.

Nuevo romanticismo, sí, pero útil. Eficaz.

La resurrección de Don Quijote ⁽¹⁾

por JOSE M.^a SANCHEZ BOHORQUEZ

Maestro, Luchador, Profeta... Unamuno es la figura más grande de España y quizá del mundo. Con tonos vigorosos de ególatra, surgió para anunciarnos el advenimiento de Nuestro Señor Don Quijote.

Y Don Quijote, en efecto, resucitará al tercero día para redimirnos de nuestros pecados.

* * *

El conde Keyserling nos habla del erial español; en efecto, España es un desierto, un inmenso desierto espiritual; y el medio ambiente español, salvo una minoría, es un triste ejemplo de desolación, «que acepta todas las vilezas del momento actual, porque le falta valor y masculinidad para arrostrar las aventuras del porvenir» (Blasco Ibáñez); donde a nadie le importa nada de nada; donde todo tiene una segunda intención y no se concibe el heroísmo; donde produce asco la política, «que debe sentirse elevada a la categoría de religión».

Pues bien; hay que evitar esa decadencia, es necesario inocular algún ideal a este pueblo que no tiene ninguno; provocar una conmoción que nos afecte a todos en lo más íntimo, para que así seamos estimulados a la lucha, y cada vida tenga un fin, cada individuo una empresa, cada cerebro un entusiasmo. Es preciso que los españoles tengamos también nuestro plan quinquenal, una obra común que sirva de motor a tantas actividades

que dormitan y están próximas a la parálisis; siendo imprescindible que surja el hecho salvador, antes de convertirnos en un pueblo de eunucos; que intentemos, lo más pronto posible, «la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón». Y ya creo suficientemente demostrado, que si es imperioso un traumatismo para modificar la estructura política del país, es no menos necesario por el cambio de orientación que imprescindiblemente se producirá en la vida espiritual, introduciendo un poco de abnegación, donde sólo queda ramplonería y egocentrismo; pues, como dice Mariátegui, «en las épocas clásicas de plenitud de un orden, la política puede ser sólo administración y parlamento; en las épocas románticas o de crisis de un orden y edificado, enriqueciéndose con la experiencia de otro, la política ocupa el primer plano de la vida».

Ahora bien; para una transformación tan intensa, no basta con un simple cambio de decoración; por el contrario, se presuponen infinitos factores y mucho tiempo, con objeto de poder liquidar los elementos hostiles;

de ahí que yo, frente a esa actual desolación, tengo, sin embargo, profundas esperanzas.

En la historia humana hay hechos inexorables, fatales; el que se avecina es de esa naturaleza. La revolución, no sólo española, sino mundial, con todos sus horrores, con sus infinitas penalidades, es la resultante natural de una crisis de la economía donde unos exigen lo que a su trabajo se debe, y otros, dueños del poder coercitivo, se niegan a entregar lo que han conseguido por medios siempre ilegítimos. Ese es el problema en toda su descarnada simpleza, todo intento de arbitraje imposible, sólo cabe la lucha. La máquina, introduciéndose, no en beneficio de la totalidad, sino para lucro de unos cuantos, precipitó la cuestión; las grandes fortunas trajeron como consecuencia inevitable las grandes miserias, y el mundo precisa recobrar su ley de gravedad. Y concretándonos a España, al fenómeno económico es necesario agregar el político (2), tan abrumador como el primero: la vieja política es indigno que vuelva. Y limitándonos al Arte, aún es más grande nuestro entusiasmo viendo un brote precoz de la literatura revolucionaria en las páginas admirables de Díaz Fernández, y marcado un período de transición en las pinturas de Matilde Santos, que condensan la tortura por encontrar la forma nueva; mientras que Pittaluga, Halffter, Esplá y otros

(2) Hago este desdoblamiento de la cuestión, acogiéndome a la terminología usual; pues en realidad el problema económico, es ya indiscutible que no puede resolverse de un modo apolítico.

(1) Este articulo está formado de acotaciones y sugerencias, acerca de «El sepulcro de Don Quijote» en «Vida de Don Quijote y Sancho», por Miguel de Unamuno.

PASTILLAS K L A M

CURAN LA TOS

POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA
¡PROBADLAS!

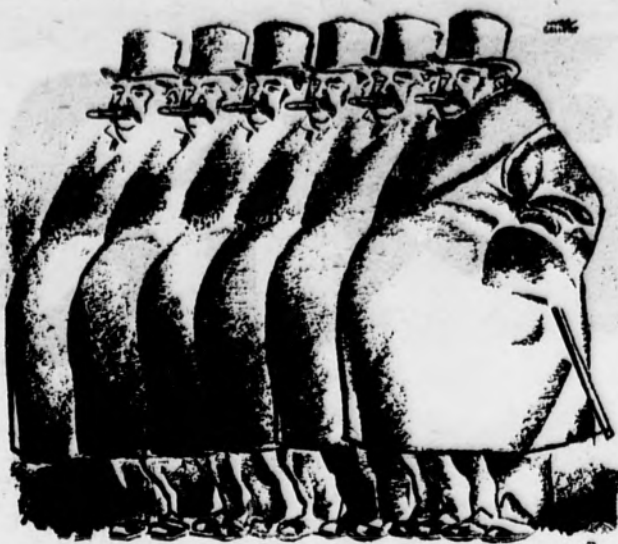
La primera caja convence.

Sólo cuesta tres reales.

Venta en farmacias y droguerías.

son como los precursores en el pentagrama de la Era que se avecina. Todo lo cual es símbolo de que Don Quijote va a reencarnar, no en figura corporal, sino desgajada su alma, un pedazo en la de cada uno de los españoles, siendo el impulso que nos hará conseguir la edificación de un pueblo nuevo, donde no abunde tanto el fariseísmo y sea posible deshacer algún entuerto sin la certeza de ser crucificado.

Se me creará probablemente un iluso, contagiado por las locuras que Unamuno saca «del fondo de su alma, dolorida por la ramplonería ambiente». No es posible asegurar el triunfo, pero llegue adonde llegue, precisa la lucha, por muy cruenta que sea, para que el Arte adquiera motivos, logre cía de los momentos sufridos; y la vida de los hombres, al sentir de la tragedia, se apasione, salga de la atonía en que ahora perece, y ya no sea tan desolada, tan triste, esté saturada



Un hombre «standard».

de exaltaciones, plena de idealismos.

¡Regocijate, maestro! Tu profecía va a cumplirse: «Don Quijote ya está resucitando.»

Alicante, 1930.

CONTRASTES Y MENTIRAS DEL LENGUAJE

El mariscal Fouché decía que las pa'abras se habían hecho para ocultar los pensamientos. Y la verdad es que dan ganas de creerlo; hay muchísimos ejemplos que pudieran citarse sin levantar los puntos de la pluma.

Un sabio danés, Cristóbal Nyrop, ha acometido esta empresa en una obra voluminosa, donde estudiando la vida de las palabras de diferentes idiomas, señala casos utilísimos e interesantes de ocultación de pensamiento y de idiotismos nacionales.

¿Puede saberse cuál es el misterioso poder que preside la fijación de ciertas metáforas? Los romanos decían *el hambre del oro*. Nosotros, más sutiles, nos lo bebemos y decimos *la sed del oro*. En Roma se hablaba *la lengua paterna*; nosotros, en todos los idiomas europeos modernos, hablamos *la lengua materna*. Los poetas latinos hablaron de la *madre patria*, y los germanos del *padre patria*. Los franceses dicen *eso es otro par de mangas* (*c'est une autre paire de manches*), y los ingleses *eso es otro par de zapatos* (*that is another pair of shoes*), cuando nosotros decimos *eso es harina de otro costal*. Los franceses llaman al gatillo del fusil *el perro del fusil* (*chien de fusil*), y los alemanes lo llaman *gallo* (*Hahn*).

Los españoles nos encogemos de hombros en señal de desdén, los franceses los levantan, y unos y otros hacemos el mismo movimiento llamándolo como mejor nos agrada.

Las locuciones adverbiales y los giros nacionales de cada idioma, son intraducibles palabra por palabra. Nadie podría entenderlos. Una traducción así es, sin embargo, la cosa más divertida que puede concebirse, más que leer una novela del revés, ingenioso esparcimiento de algunas jóvenes inglesas, que proporciona un buen rato. De traducciones de este género pueden recordarse mil: *La condesa tiró del boliche de su secretario; el barco tiró la tinta, por echó el ancla*, etcétera.

Un hombre ingenuo, sin malicia alguna, se quedaría a oscuras, como vulgarmente se dice, si diese a las palabras que puede oír durante un día el valor positivo y real que parecen tener. La subida de los francos, la baja de los cambios, la prueba de curso,

el fin de fiesta, la filtración de una caja de comercio, serían para él cosas completamente raras e incomprensibles y que no podría ni adivinar.

El tecnicismo científico sirve también para no expresar con suficiente claridad el pensamiento, a lo menos entre ciertas gentes de escasos alcances. Las enfermedades se dignifican en griego y si no se dignifican, parecen más interesantes. Un *cleptómano* es un enfermo elegante, pero si se le llama *descuidero*, como realmente lo es, ya entraría en la categoría de delincuente.

La ocultación oficial de las ideas es verdaderamente deliciosa: «Por cuanto don Fulano de Tal, etc. Tengo a bien declararle cesante con el haber que por calificación le corresponde, quedando altamente satisfecho de sus servicios, etc., etc.»

Los eufemismos de las leyes son más notables todavía. Un hombre es *mayor de edad* a los veintitrés años. ¡El tercio de su vida normal! Un hijo *natural* es todo lo contrario que quiere decirse. Un inquilino *desahuciado* es un hombre falto de salud social: de dinero.

No hablemos de los términos técnicos aplicados a las máquinas, porque la cosa sería para no acabar nunca: el caballo de vapor, no es un caballo; el tiro de las calderas, no es tal tiro; ni el brazo de ciertas máquinas es tal brazo.

¿Hablamos mal? No por cierto. Hablamos bien, bastante bien para entendernos. Y a veces, cuando queremos rectificar un modo de decir, tenemos que rectificarnos a pesar nuestro, como en el caso del dentista que decía Mark Twain:

—¿Qué es un dentista?

—Un hombre que come con los dientes de los demás.

—No, señor; protesto. Los demás comen con mis dientes (¡...!)

Las palabras se habrán hecho para expresar las ideas, pero a veces no lo parece. Aquí del ilustre «Fígaro»: «Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden.»

SUCESOR DE

E. PALEX

FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA.!!

QUINTANA 33. MADRID

Rifi-Rafe

El otro día se escapó del Parque Zoológico un hermoso ejemplar: el *antropopitecus bugallalensis* (de Linnes). Organizada una batida se le encontró en el Círculo Conservador, emitiendo sonidos guturales ante una manada de congéneres.

Estos pudieron huir, pero al *bugallalensis* se le condujo de nuevo a su correspondiente jaula del Retiro.

El ilustre Joffre pasó varios días luchando entre la vida y la muerte.

¡Pobre!

Hay agonías que duran mucho tiempo...

Los mandamientos de la ley de Dios son diez:

El primero, amar a Dios sobre todas las cosas.

El segundo, no jurar su santo nombre en vano.

El tercero, santificar las fiestas.

El cuarto, honrar padre y madre.

El quinto, no matar.

El sexto, no fornicar.

El séptimo, no ser turista.

El octavo, no levantar falsos testimonios ni mentir.

El noveno, no desear la mujer del prójimo.

Y el décimo, no codiciar los bienes ajenos.

Los partidarios del desorden son los que favorecen o explotan las ilegalidades, los monopolios y los privilegios, cosas que no pueden existir sino violando los principios eternos del orden, es decir, de la equidad.

Hubo la ciencia del «gay saber». Y hubo también la de la Dictadura, la de Vicente Gay.

El «gay ignorar».

En la zarzuela «El Bandido de la Sierra» hay un cantable que dice (si no recordamos mal):

«Lleva a la moza en la grupa el turista de la sierra.

El que quiera conquistarla que suba al monte a por ella.»

El hombre de alma virtuosa, ni manda ni obedece. El poder, como la peste, mancha todo lo que toca, y la obediencia, azote del genio, de la virtud, de la libertad y de la verdad, hace esclavos a los hombres, y del organismo humano un autómatas, una máquina.—SHELLEY. Aún hay necios que se dejan amarrar y claman auxilio para que los liberten, no viendo que en su voluntad se halla el remedio de los males que sufren.

Un día del siglo XIX apareció sobre la puerta de la cárcel el siguiente letrero:

«Posada de caballeros.»

El dolor es el estímulo de los fuertes. El sufrimiento, las persecuciones de la injusticia, corrompen a las almas débiles; a los fuertes las templan. Yo estoy muy templado.

ROMANONES

El origen del besugo se pierde en la noche de los tiempos. Aún no se había fundado el partido conservador y ya circulaban por ahí los escamados personajes, dispuestos a todo.

Incluso a ser víctimas de la voracidad de los grandes peces.

Pero su nombre nació el día que una señora le dijo a su marido—que se llamaba Hugo—, mostrándole dicho pez, hasta entonces desconocido:

—¿Ves, Hugo, qué animal tan raro?

A lo que el susodicho contestó:

—Veshugo se ha de llamar.

Andando el tiempo el vulgo mudó la V en B, se comió la H y luego se cenó el besugo.

Y ahora que hablamos de besugos. Dicen que a Menéndez Pidal le van a dar el premio Nobel.

Nos alegramos mucho.

A nadie mejor que a este sabio e ilustre pelmazo, autor de «La España del Cid», podía concedérsele el premio del descubridor de la dinamita.

A ver si así adquiere algo de dinamismo.

En doce meses, señores, da muchas vueltas el mundo. Tal vez lo que no dió el treinta nos lo traerá el treinta y uno.

Perdone el lector que le demos con alguna frecuencia pensamientos y sentencias en el *Rifi-Rafe*.

Pero ya comprenderá...

Como tenemos tanto tiempo de sobra no se nos ocurre otra cosa que leer a los grandes filósofos.

Según el ministro de Marina se han hecho grandes economías en el presupuesto de la Armada.

ESTUDIANTES

Los estudiantes están creando una nueva política en Cuba

La enseñanza de la política

—Los días pasados en prisión—dice Marinello—me han sido de enseñanza inapreciable. Ninguna escuela como la que se esconde detrás de las rejas del Castillo del Príncipe. El trato con el desdichado y con el delincuente es fuente de aguas riquísimas. El zumo humano corre con intensidad excepcional por entre las «Compañías». He tenido interés en llegar en cada caso al corazón de mi vecino. Tristeza, oscuridades abismales, cierto. Pero también en casos frecuentísimos aquella hermandad en la desgracia común, que Martí advirtió en más de un compañero de las «Canteras». De la cárcel traigo una amplia comprensión, una serenidad nueva hecha de dolores, y de meditaciones. Con las notas tomadas en los quince días de cautiverio publicaré un libro que imagino de interés. En él diré, con sencillez extrema, mi experiencia en campos que ningún hombre debe desconocer. También el comentario de «mi caso», con la forzada referencia a las realidades políticas que lo determinaron. Creo que he vivido lo bastante para no confundir mi indignación de hombre por la injusticia sufrida, con el análisis de situaciones y procedimientos que tristes concausas han hecho fatales en nuestra vida republicana.

—¿Y nuestra política?

—¿Sobre nuestra política? Es esta cuestión que escapa a los límites de una encuesta periodística. Quizá mi propia posición explica mi parecer sobre nuestra realidad pública. No pertenezco a ningún partido. A ninguna asociación de las que pugnan en nuestro medio por realizar una acción de influencia colectiva. Aunque no debo ocultar mis simpatías por el grupo de cubanos que en la «Unión Nacionalista» vienen librando batallas crudísimas en pro de nuestra dignidad. Creo, con todo, que precisan credos y procedimientos inestrenados.

La nueva política

—La nueva política ha de tener honda preocupación social, sin temor a

«ismos». Otra cosa significaría un cambio epidérmico. El derecho a vivir debe ser el primordial. ¿Y viven en nuestro régimen los cubanos que están fuera de la órbita del favor oficial? ¿Cabe una democracia más fracasada? ¿Es posible un pueblo en que la realidad económica pugne más violentamente contra la organización legal?

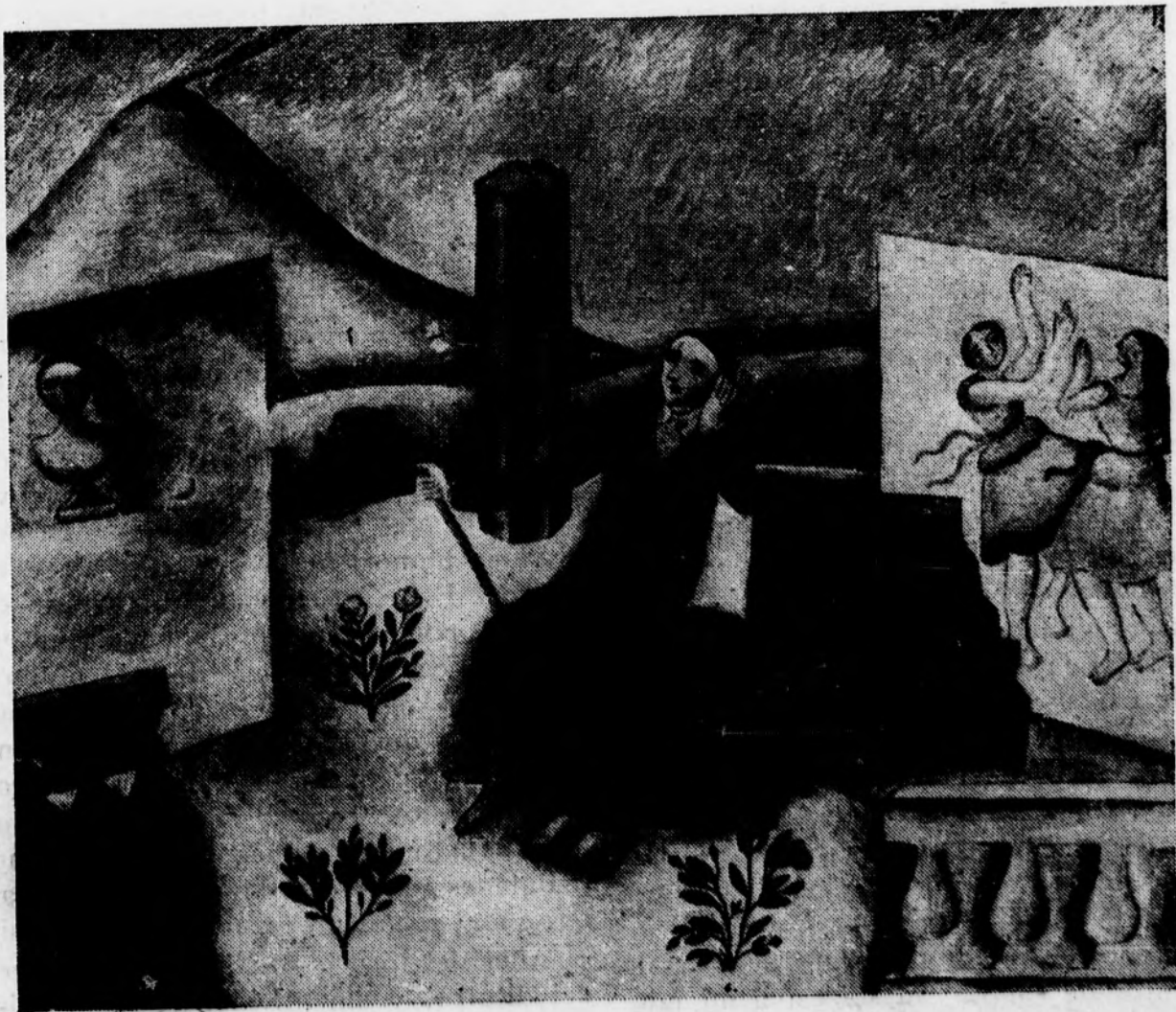
Y el joven catedrático, hombre de avance, se envuelve en un profundo silencio durante algunos momentos.

—Sí; la Universidad está haciendo las bases de la nueva política. Ella ha sido—por sus estudiantes—excepción hermosísima en el desastre de estos últimos años. Los mismos sucesos del día 30—determinantes de mi prisión—lo están diciendo. Aquellos hechos, provocados brutalmente por la policía, no son más que un eslabón en la larga cadena de gallardías estudiantiles que

han tenido por término el castigo o la incompreensión. Como ha dicho mi queridísimo Grau San Martín, la protesta estudiantil contra la prórroga de poderes es la verdadera causa esencial de todo lo que últimamente ha sucedido.

Universidad y política

La Universidad no es un organismo aislado, so'lo en el complejo de acciones y reacciones que la cercan. La Universidad es parte—la más sensible y alerta—de la sociedad. De ahí que yo haya sostenido siempre que la función universitaria no puede ser uniforme, sino cambiante, en relación íntima y constante con el medio que la envuelve. Parece natural que en un país de vieja y sedimentada cultura—Alemania, por ejemplo eminente—la Universidad se aparte de las disputas públicas y se dé a la investigación pura y abstracta. En Hispanoamérica ese tipo de Universidad sería un absurdo. Si aislamos de lo público a nuestra juventud incontaminada y de más amplia preparación,



«RUINAS DE POMPEYA», por Norah Borges, ilustre pintora argentina.

Ayuntamiento de Madrid

¿en qué manos, que no sean las manchadas de ahora, queda la orientación de lo político y de lo social?

—¿Usted cree que esta juventud debe estar compuesta sólo por estudiantes?

—Al hablar de estudiantes hablo también de jóvenes que aún sientan en sí el desinterés y la gallardía que dan tono al escolar universitario. En ese sentido, algunos profesores también son estudiantes. No muchos, por desdicha. Durante años nuestro muchacho ha estado bregando solo. Las cosas han cambiado mucho. Ahora están junto a los estudiantes, los catedráticos conscientes de su altísima responsabilidad y la gente joven que en el taller y en la lucha profesional se dispone a acompañar al estudiante en su carrera de reivindicaciones.

—¿Y su optimismo ha sufrido algún quebranto en estos largos días de cautiverio en el Castillo del Príncipe...?

—No; mi fe se ha robustecido en el cautiverio. Es necesario conocer el calado de la vileza humana para son-

alma engañó a su poseedor y sólo a términos caseros puede aventurarse. Si se oye correr por la vena dolorida y angustiada el hilo claro de un ansia de superación, la tragedia vivida y comprendida es impulso inapreciable. Yo quiero ir con ese impulso a las nuevas luchas que ya nos estremecen.

LEA USTED

“NUEVA ESPAÑA”

dear y dar con lo mejor de los hombres. Yo aconsejaría a todo el que quisiera tener «cura de almas» en su pueblo, quince días en el Castillo del Príncipe. Si del contacto con la desdicha y el dolor sordo de las galeras sólo se paladea amargura y rencor, el

El traje infamante

Durante doce días, el doctor Marinello y sus compañeros de prisión han vestido la chamarreta del presidiario y han ostentado un número. No ha bastado que la ley moral se oponga a ese procedimiento, ni que el Colegio de Abogados de la Habana reclamara contra semejante atropello, ni que la conciencia popular pidiera más respeto para los detenidos.



«HELIOFILO».—*Charlas al sol*.—Dosat. Madrid, 1930.

La estirpe de los cronistas satíricos no siempre ha tenido en España destacados y auténticos representantes. El siglo XIX y más todavía lo que llevamos recorrido del XX han producido escritores excelentes en las varias direcciones de nuestro periodismo. Sin embargo, la crónica satírica, ese difícilísimo cantón literario, leve y profundo a la vez, reverberante y espiritual, en pocas ocasiones ha encontrado cultivadores a propósito. Quizá esto consista en que al temperamento literario español no le va el género «crónica». Seguramente por lo que este género tiene de floración de calidades exquisitas: la ironía, el matiz, el escepticismo...

En el periodismo, el salto a las luces de la rotativa (la España de la postguerra) mató a un tipo de cronista jácara ya de muy humilde valor literario, y no hubo de crear hasta llegar al moderno «Heliófilo», el otro tipo selecto de glosador a la europea, aunque sin reniego de casta—madrileño universal, como lo fué «Figaro»—, amplio de cultura para poder recoger todas las resonancias, las de dentro y las de fuera, y dotado de una auténtica naturaleza de literato, indispensable para transmitir aquéllas limpidamente al auditorio.

El tono de humor (el punto de ironía) del autor de *Charlas al sol* es, a mi juicio, el más fino y mordaz de cuantos se emiten en nuestras letras actuales.

Porque claro es, que también contamos en éstas con otros humoristas de gran talento y personalidad. Pero en ellos se descubren a menudo formas y acentos menos alejados del artificio, que las de estas sencillas y desnudas charlas de «Heliófilo», las cuales nos dicen, entre otras cosas, cuanto es menester calar de hondo en la vida y en la cultura, para bajo las apariencias de unas frívolas disquisiciones, llegar hasta las zonas más graves del espíritu. En estos artículos vemos cómo «Heliófilo» atrapa su tema, le descompone sin esfuerzo alguno en los elementos que mejor convienen a su objeto y luego, ingeniosamente, combinándolos de nuevo, extrae de ellos una paradoja, una sátira acerba o una crítica inexorable.

Agil y elegante, posee en la intención y en la palabra aquel temple deportivo que sólo nos es dado observar en los grandes humoristas y... en los grandes toreros. En efecto; yo advierto algo de taurino, por lo ceñido y luminoso, en estas crónicas cotidianas de «Heliófilo». Ahora, al releerlas, recordamos las muchas veces que, con inmenso regocijo no exento de palpitación cardíaca, hemos visto al autor bajo el pleno sol de sus *Charlas* «torear» temas de peligro; actualidades miureñas, cuyos lances podían terminar solamente con la muerte sin puntilla del toro o con la cogida segura del diestro, y sin alivio posible ni asistencia en la enfermería.

A través del volumen, el recuerdo fu-

gaz de las crónicas diarias adquiere virtualidad de concepto permanente. La obra se concreta y consolida. Las ideas se yerguen en ella serenas, melancólicas en último esquema; el humorismo tornasola facetas grotescas o terribles del alma nacional; de sempiterna historia oscura y verdadera. Y, en fin, a cuenta del ingenio encendido del escritor notamos alzarse en nuestra conciencia los estímulos necesarios para crear un futuro de más halagüeña realidad.

A. E.

JOSE DIAZ FERNANDEZ.—*El nuevo romanticismo*.—5 pesetas.—Editorial Zeus.—Madrid.

Jorge Plejanov, en su libro «El arte y la vida social», reproduce las palabras del crítico ruso Chermishevsky: «El arte por el arte es una idea tan extravagante en nuestros tiempos como «La riqueza por la riqueza», «La ciencia por la ciencia», etc. Todos los asuntos deben servir en provecho del hombre, si no quieren ser una vana y ociosa ocupación: la riqueza para que la goce el hombre, la ciencia para ser guía del hombre; el arte también debe servir para algún provecho esencial y no debe ser un placer estéril.»

Díaz Fernández, escritor de avanzada, desarrolla en su libro «El nuevo romanticismo» esta idea fundamental, es decir, la idea de que el arte, en sus diversas manifestaciones, ha de tener un fin humano,

Espíritu tan selecto y de ideología tan amplia como el autor de «El blocão», no podía aislarse del momento actual de la vida española, recluyéndose como parte de la juventud literaria debajo de la pacífica bandera de un «ismo», o, mejor dicho, a la sombra de una literatura de vanguardia, que sólo puede ser valorizada como un deporte de «señoritos satisfechos». Y Díaz Fernández arremete documentadamente contra los que hacen de la frase un culto y de cada sacerdote un ególatra, haciendo resaltar el verdadero y único valor moral del escritor. «El hombre—dice—debe ser, desde luego, una fuerza activa, pero tiene que ser preferentemente una conducta. La fuerza del bandolero—añade—es una fuerza disolvente, negativa: la fuerza del hércules de feria es una fuerza intrascendente; la fuerza del minero es una fuerza creadora, lo mismo que la del artista.» Con estas palabras, Díaz Fernández define el verdadero concepto del arte como fuerza creadora que impulsa el dinamismo de nuevas normas sociales.

Contra las idealidades abstractas se alzan las concreciones de una realidad vigorosa.

«El nuevo romanticismo» es un libro en el cual vibran conjuntamente el talento del escritor y el culto a las exigencias de una vida más justa, más humana, una vida social en la cual el arte de vivir sea el resultado de las emociones percibidas por un romanticismo que, traspasando las fronteras de lo individual, den a la vida esa fuerza creadora capaz de proyectar sobre las páginas históricas las idealidades de una generación que piensa más allá de sus propios instintos, dando al arte social toda su profunda valoración humana.

ISAAC PACHECO.

ADELARDO FERNANDEZ ARIAS.—*La India en llamas*.—7 pesetas.—Editorial Zeus.—Madrid.

Puede asegurarse que la India está concentrada hoy en un hombre: Ghandi, que representa la unidad reivindicadora de la libertad nacionalista. El valor moral de esta gran figura histórica, de la cual tanto se ha hablado en la Prensa, ha encontrado en el libro de Fernández Arias no solamente toda su extensión ideológica, sino los más amplios detalles acerca del proceso nacionalista, bandera de Chandi, que ondea en el pensamiento colectivo de un pueblo de cuatrocientos millones de habitantes.

Para un periodista como Fernández Arias, acostumbrado a buscar en lo más hondo de la vida social los problemas y las emociones humanas, la India, hervidero de pasiones, luchas entre dos poderes, el colonial representado por Inglaterra y el nacionalista encarnado en Chandi, tenía que ofrecerle un atractivo periodístico de gran importancia civil. Porque en los pueblos que aún viven sometidos a los cálculos mercantiles de cualquier metrópoli, hay siempre un es-

tado de rebeldía, un gesto de odio contra la fuerza de los colonizadores. Un día puede surgir—como en la India—el grito de independencia y entonces es cuando la lucha adquiere el aspecto trágico de la guerra.

Fernández Arias recoge en su libro todos los matices de la colonización inglesa en la India, y el desarrollo que frente a ella ha adquirido el nacionalismo, de enorme trascendencia social y política. El autor de «La India en llamas», periodista de amplias perspectivas ideológicas, ha recorrido la India, sintiendo las

emociones de los esclavizados, oyendo sus protestas y entrevistándose con las personalidades más importantes del nacionalismo, para que su libro fuera un documento veraz, en el cual los que vivimos alejados de aquel pueblo inmenso tuviésemos una información detallada del problema indio que vigorosamente se alza en demanda de su libertad económica y de su independencia civil.

Interesantes fotografías completan el magnífico reportaje que Fernández Arias ha hecho en la India.

I. P.

DOS LIBROS DE ERENBURG

Dos libros de Elías Erenburg acaban de ser publicados, casi simultáneamente, en lengua castellana: «Citroën 10 H. P.» y «La callejuela de Moscú». El primero en las ediciones «Hoy» y el segundo en «Ulises».

«Citroën 10 H. P.» es la novela de nuestro tiempo; «Crónica de nuestro tiempo» titula él su narración, y esto es de tal manera verdad, que quedará en la Historia de la literatura como la más acertada expresión de nuestro sentir de hoy. «Citroën 10 H. P.» es la novela de nuestra civilización capitalista, vista tras el acontecimiento del automóvil; la novela del automóvil, la novela del hombre máquina, la lucha del esfuerzo humano contra el imperialismo del motor. El autor de «Julio Juvenito y sus discípulos»—ya conocida en castellano, también—, ese ruso maravilloso que vive en París y que tiene una cara horrible de joven atormentado, fustiga con su ironía magistral la explotación del proletariado por la industria y la competencia modernas, pero sin aspaviento alguno, sino con el arma única de la descripción, su descripción tendenciosa.

«Citroën 10 H. P.» es de una originalidad insuperable. Comienza en plena revolución francesa para que veamos a Felipe Lebou preocupado con su invento, un gas destinado al motor de explosión... Después salta a una visión admirable del siglo XIX, del fin de siglo: Cézanne, Mallarmé; neurosis, epidemia...; preparativos para la Exposición...; y los primeros automóviles!... Panhard y Levasor fundan una fábrica de ellos, y Emilio Zola, «desafiando el peligro», cubre el trayecto París-Versalles...

Después, Erenburg entra de lleno en nuestros días y nos habla con todo lujo de detalles y deslumbradora minuciosidad, de la industria del automóvil, la descripción de las fábricas Citroën, donde cada obrero es un muñeco, de la competencia de Ford-Citroën, de las Bolsas, de las reuniones de altos financieros, los que tienen hoy cogido al mundo en sus garras... Tan pronto nos transporta a un castillo irlandés, punto de reunión de una importante comisión de magnate del automóvil, como a las plantaciones en

Malaca de las «heveas», los árboles del caucho, el caucho de los neumáticos que han elevado a Michelin al trono del comercio mundial... La industria del automóvil ha sido perseguida por Erenburg hasta los últimos rincones del mundo, dándonos su visión más completa y documentada, su retrato genial, mientras en París, en la torre Eiffel, doscientas mil bombilla eléctricas—con noventa kilómetros de cable—trazan en la noche las letras del nombre mágico: «Citroën».

«Citroën 10 H. P.» es una novela cumbre; mejor, la crónica cumbre de nuestros días. Quizá, el mejor libro de estos treinta años por lo que tiene de canto y de sátira, de poema y de epigrama monstruoso.

El segundo libro de Erenburg publicado en estos días es «La callejuela de Moscú». Se trata de una novela desarrollada en Moscú, en una calle de Moscú. Una novela sombría y triste, un sueño denso y desapacible como escapado del cerebro de Dostoyevski y recogido—ahora—por el de Erenburg. Nos cuenta Erenburg en su novela la vida en una calle de Moscú, una calle barroca y absurda por cuyo fondo discurre el Moscova. Unos cuantos—no muchos—personajes, herederos de la tradición literaria del país, se mueven en la callejuela, contándonos sus amores imposibles, sus ilusiones rotas, sus odios fulminantes, sus tragedias más irremediables. El músico jorobado, Tania, Ratabia, son magníficos muñecos tristes del guiñol de Erenburg, que ha pintado «La callejuela de Moscú» con colores de tragedia. La novela no tiene mucha acción, ni tampoco demasiado espectáculo; sin embargo, la atención del lector está pendiente en todas sus páginas y no se desvía ni un momento de la pauta que le traza Elías Erenburg.

El libro lleva una fotografía de él y un prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Este prólogo enriquece notablemente el volumen. Ramón, con su mirada penetrante de investigador de vidas humanas, nos traza, en breves líneas, un retrato genial de Erenburg, acompañado de algunas impresiones sobre su encuentro con él en París.

A. DE O.

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

núm. piso se suscribe por un AÑO
SEMESTRE a la revis-

ta "NUEVA ESPAÑA". y remite por giro postal, núm.

la cantidad de $\frac{DOCE}{SEIS}$ pesetas, importe de la referida suscripción.

FIRMA

**No se dará por válida ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe total.
Es muy conveniente llenar este Boletín a máquina.**

[illegible]

Lista remitida por D.

resistente en calle

Provincia de

IMP. DE SUC. F. PEÑA CRUZ. PIZARRO, 16. MADRID.
Ayuntamiento de Madrid